

ANCLAJE
EXPERIENCIAL
Y EPISTÉMICO
DE LOS
DEMOSTRATIVOS
NO SITUACIONALES
EN ESPAÑOL

Los demostrativos se prestan a usos no situacionales que requieren un análisis que no quede limitado a la relación con antecedentes lingüísticos y no se atenga a posiciones de observación concebidas como fijas. La selección de la forma demostrativa parece funcionar como índice del estatus cognitivo que el enunciador atribuye a un determinado contenido. Bajo esta hipótesis, acudir a un demostrativo para encauzar el rastreo referencial o realzar conexiones discursivas es un recurso estratégico para (re)afirmar el nivel de precisión perceptiva y anclaje conceptual. El involucramiento del conceptualizador (IC) y el compromiso epistémico (CE) resultan ser los parámetros más relevantes. La evidencia empírica proveniente de contextos representativos de prosa de ficción corrobora que *est-* corresponde a [+IC, -CE], *es-* a [+IC, +CE] y *aquel-* a [-IC, -CE].

PALABRAS CLAVE: español, demostrativos no situacionales, involucramiento, compromiso epistémico, anclaje, perspectiva, subjetividad, intersubjetividad

The demonstratives present non situational uses which require an analysis that is not limited to the relation with linguistic antecedents and does not stick to viewing positions conceived of as fixed. The selection of the demonstrative form seems to function as an index of the cognitive status the enunciator attributes to a particular content. Under this hypothesis, turn to a demonstrative to guide referential scanning or enhance discourse connections is a strategic device to (re)affirm the level of perceptive precision and conceptual anchoring. Conceptualizer involvement (CI) and epistemic commitment (EC) appear to be the most relevant parameters. The empirical evidence drawn from representative contexts of fiction corroborates that *est-* corresponds to [+CI, -EC], *es-* to [+CI, +EC] and *aquel-* to [-CI, -EC].

KEY WORDS: spanish, non situational demonstratives, involvement, epistemic commitment, grounding, perspective, subjectivity, intersubjectivity

ANCLAJE EXPERIENCIAL Y EPISTÉMICO DE LOS DEMOSTRATIVOS NO SITUACIONALES EN ESPAÑOL

Nicole Delbecque
KU Leuven, Universidad de Lovaina

1. Planteamiento

El objetivo es arrojar luz sobre un cierto tipo de diferenciación epistémica subjetiva señalado por el uso de las formas demostrativas en una narración en primera persona.¹ Por la dimensión subjetiva del posicionamiento que está en juego la variación en el uso puede ser muy importante, tan importante como la que caracteriza otros muchos fenómenos lingüísticos, si no es que más. Por eso, conviene advertir de entrada que a veces la selección hecha por el novelista puede

¹ Agradezco a los dos evaluadores anónimos sus observaciones sobre la versión anterior. Han permitido mejorar sustancialmente la presentación. Los errores y la falta de claridad que subsistan son enteramente de mi responsabilidad.

no coincidir con la que hablantes de otras variedades harían en su dialecto o idiolecto.

En textos literarios en general la selección de las formas demostrativas se lee como una instrucción para reconstruir una situación enunciativa ficticia. El desplazamiento del centro deíctico situacional habitual ya fue captado en la teoría psicológica desarrollada por Bühler (1934), quien introduce la noción de deixis *am Phantasma*, por contraste con la deixis ostensiva o situacional, que él denomina deixis *ad oculos*. La deixis en fantasma trasciende la función señalativa de la mostración anafórica que recoge lo inmediatamente retenido para acceder al “campo de los recuerdos maduros y de la fantasía constructiva” (Bühler, 1967: 198).

El lector interpreta las expresiones deícticas en un texto de ficción con respecto a coordinadas del tipo *yo-aquí-ahora* asociadas a un enunciador, sujeto de enunciación, proyectado en el mundo del texto.

Punto de partida del presente estudio es la observación, en narraciones en primera persona, de usos para los que la metaforización de la distinción espacial en términos de distancia relativa no alcanza para explicar la distribución de las formas *est-*, *es-* y *aquel-*. Dada la ambivalencia del rol del *yo*, ora narrador ora personaje, se puede suponer que los demostrativos contribuyen a modular su posición como narrador y personaje, y que la alternancia entre las formas demostrativas es reveladora del estado mental del narrador-enunciador-personaje.

El estudio está organizado en ocho secciones. Tras esta introducción vienen tres secciones teóricas: en la sección 2 se define el marco teórico general; en la sección 3 se sitúa

el campo de la deixis no situacional —al que pertenece el fenómeno estudiado—, frente a la deixis situacional; en la sección 4 se formula la hipótesis y se presentan los parámetros analíticos que la motivan. En la sección 5 se justifican los métodos de comprobación aplicados en las dos secciones siguientes. En la sección 6 se pasa revista a las formas demostrativas preferentes en función del tipo de deixis no situacional. En la sección 7 se reseñan por demostrativo los usos convencionalizados más llamativos a la luz de la interpretación propuesta, antes de comentar la selección del demostrativo en una serie de contextos representativos de una novela contemporánea. En la última sección se formula la conclusión.

2. Enfoque semántico conceptual

En la línea de la semántica conceptual se parte de la idea de que las formas lingüísticas explotan y representan las diferencias de acceso a la información en términos de procesamiento mental, conectando la información al punto de vista subjetivo del (supuesto) conceptualizador.² Se reconoce

² A diferencia de la semántica referencial, objetivista, que privilegia los aspectos de significado que parecen analizables independientemente de diferencias contextuales. Frente a una visión del lenguaje como mero instrumento para la expresión del pensamiento proposicional, Lyons (1982) ya aboga por un tratamiento alternativo de la indexicalidad e insiste en la importancia de la dimensión subjetiva en el lenguaje, para la que propone la definición siguiente: “In so far as we are concerned with language, the term ‘subjectivity’ refers to the way in which natural languages, in their structure and their normal manner of operation, provide for the locutionary agent’s expression of himself and of his own attitudes and beliefs” (Lyons, 1982: 102).

que el hablante puede acceder a informaciones similares o idénticas procesándolas de manera diferente según la perspectiva que adopte y la visión del mundo que maneje en un determinado momento.³ Dicho de otro modo, su identidad como enunciador no permanece estable.

Para describir y motivar cómo las formas demostrativas guían la interpretación de la representación mental adoptada por el conceptualizador, el análisis presentado a continuación adopta el marco de la lingüística cognitiva de corte langackeriano (Langacker, 1987, 1991a, 1991b,⁴ 2000, 2004) y propone una aplicación particular del modelo de los ‘espacios mentales’ desarrollado por Fauconnier (1984) y Fauconnier y Turner (2002).⁵

En términos langackerianos, los demostrativos constituyen típicas “predicaciones de anclaje” (*grounding predictions*, cf. Langacker, 1987: 233; 1991a: 323): se encargan de ubicar el evento y sus componentes respecto de la mirada del

³ En Langacker (1985: 109 ss.) se describe la analogía entre relaciones perceptuales y relaciones conceptuales: la relación entre el perceptor y la escena que contempla corre pareja con la relación entre un conceptualizador y la idea que considera.

⁴ Véase en particular el capítulo titulado “Subjectification” (Langacker, 1991b: 315-342).

⁵ La monografía de Fauconnier (1984, con versión inglesa ulterior), propone una aproximación unificada y cognitivamente fundada en anáforas, presuposiciones, relaciones condicionales y contra-factuales. Las formas proporcionan un esquema de proyección que funciona en relación con los recursos contextuales y culturales disponibles en un punto determinado de un espacio mental pre-existente en el discurso. La noción de “espacios mentales” revela la función central del lenguaje que consiste en motivar y dar pie a la construcción y elaboración de espacios mentales. Fauconnier y Turner (2002: 40) los definen como “small conceptual packets constructed as we think and talk, for purposes of local understanding and action”. Discuten en detalle los principios que rigen su integración en redes (ibidem, capítulo 16).

hablante en el momento de la enunciación.⁶ En comparación con los artículos, los demostrativos añaden una perspectiva subjetiva a la ubicación, vinculando la percepción a un conceptualizador individual. En usos situacionales en sentido espacial físico se puede establecer una correspondencia entre la alternancia entre las formas *est-*, *es-* y *aquel-* y la topología en tres círculos concéntricos, de menor a mayor, en torno a la posición nuclear del *ego* del conceptualizador, teniendo en cuenta, sin embargo, que el enunciador establece subjetivamente la extensión y los límites de los respectivos dominios (cf. Hottenroth, 1982: 142).

La noción de distancia relativa al centro deíctico del conceptualizador se aplica por extensión metafórica a usos no situacionales, en particular a los usos endofóricos de tipo textual y anadeíctico (cf. *infra* §6.1 y §6.3). Si bien esta proyección metafórica sobre el ‘espacio’ discursivo permite dar cuenta de ciertos usos anafóricos en términos de distancia en el texto, existen cantidad de usos no situacionales

⁶ Las predicaciones de anclaje están constituidas por el acto de habla, los participantes del discurso y sus circunstancias inmediatas (*setting* en términos de Langacker, 1991a). Las predicaciones de anclaje son esquemáticas, su base es fundamentalmente epistémica y están altamente gramaticalizadas. Cumplen con la función de permitir que los participantes del discurso identifiquen las instancias particulares de un tipo tal como se dan en un contexto determinado. Delimitan una entidad específica ubicada en un conjunto de circunstancias que hablante y oyente reconocen. Por ejemplo, mientras que el nombre *naranja* refiere a un tipo de entidad del que existen muchas instancias posibles, el grupo nominal *la naranja* designa un ejemplar, es decir, una instancia particular identificada por el hablante y el oyente en una situación particular. Mientras que los demostrativos, así como los artículos, constituyen típicas predicaciones de anclaje para los sustantivos, los morfemas de tiempo y persona se encargan de anclar los verbos. Existen además otras predicaciones de anclaje que se encargan de ubicar el evento completo respecto del momento de la enunciación.

en que la selección de las formas demostrativas no se ajusta a una mera concepción locativa en términos de proximidad y distancia. Sobre todo en narraciones en primera persona la perspectivación se presenta a veces teñida de una valoración subjetiva difícilmente previsible que parece sometida al antojo y la receptividad del narrador, enunciador a la vez interno al relato —del que es uno de los protagonistas—, y externo en su calidad de conceptualizador de la historia en su globalidad.

El modelo de los espacios mentales (Fauconnier, 1984; Fauconnier y Turner, 2002) ofrece las pautas suplementarias necesarias para dar cuenta del acceso aparentemente variable que el narrador-conceptualizador se otorga respecto del perfil de los demás protagonistas. Las expresiones lingüísticas pueden crear nuevos espacios, entidades en esos espacios, así como relaciones entre ellas. Expresiones que establecen un nuevo espacio o remiten a un espacio ya introducido en el discurso se denominan ‘abridores’ o ‘constructores’ de espacio (*introducteurs*, cf. Fauconnier, 1984: 32). Contribuyen a delimitar el marco dentro del cual una determinada proposición tiene validez. Entre ellos figuran las formas deícticas.

A medida que avanza la narración no sólo evoluciona el universo del relato sino también la configuración del propio espacio mental del narrador. Tanto más es así cuanto que aparece al mismo tiempo como juez y parte: por un lado tiene la capacidad de juzgar, evaluar, al ser el enunciador-conceptualizador de la historia narrada en su conjunto, y por otro, se ve afectado por el modo de ser y actuar de los personajes a cuyo contacto se ha podido sentir atrapado,

manipulado, y cuyos espacios mentales tampoco permanecen estables a medida que avanza la historia, con su intrincada red de relaciones.

La combinación de enjuiciamiento e inmersión experiencial se transparenta de diversas maneras. En el presente estudio se considera el paradigma de los demostrativos como uno de los recursos para modelar el tipo de acceso y conexión. Se distinguirá entre la noción de ‘involucramiento del conceptualizador’ (IC) para captar la vertiente experiencial subjetiva, y la noción de compromiso epistémico (CE) para la dimensión estimativa que reviste un alcance (potencialmente) intersubjetivo. Mientras que por IC se entiende la receptividad o permeabilidad del conceptualizador al impacto de una entidad sobre su propio ‘espacio mental’,⁷ el CE subsume el conocimiento relevante de la función o rol desempeñado por la entidad destacada, sea cual sea su naturaleza. La asunción de tal conocimiento abre camino a una ampliación del alcance de la conciencia del conceptualizador: al sugerir que cualquiera en la misma posición que el conceptualizador haría la misma estimación (Langacker, 2009: 135 ss.), el “scope of awareness” (Langacker, 2009: 140 ss.) puede —no debe— así extenderse a un conceptualizador “generalizado”.⁸ Así definidos, los conceptos de IC y CE permitirán entender las diferencias de estatuto

⁷ Langacker (2009: 203) habla al respecto de “immediate experience”, “the latest phase in the ongoing process of experiencing” y añade que “most of what C [= the conceptualizer] accepts as real is only latent, hence not an aspect of immediate experience” (ibid.). Esto justifica que se distinga el IC del CE.

⁸ Langacker aplica la noción a las distintas maneras de construir predicados de actitud proposicional.

experiencial y epistémico marcadas por los demostrativos en un cierto número de usos no situacionales que se reseñarán en las secciones 6 y 7.

3. Marco conceptual

Tras una breve evocación del dominio de la deixis en general (3.1), se cuestiona la metáfora por la que la concepción personal y topológica del paradigma ternario de los demostrativos del español se traspone al dominio del discurso (3.2).

3.1. *Deixis*

La noción de ‘deixis’ abarca el conjunto de elementos gestuales y lingüísticos que generan un campo, denominado “Zeigfeld” o ‘campo mostrativo’ por Bühler (1967: 137 ss.) —por oposición al “Symbolfeld” o ‘campo simbólico’—, cuyo centro u “origo” viene definido por quien habla, su tiempo y su espacio. De acuerdo con las definiciones clásicas,⁹ es un tipo de signo lingüístico cuyo significado sólo se identifica y actualiza con y por elementos determinados de la situación comunicativa, a partir del punto de referencia del hablante e incluyendo el propio contexto lingüístico.¹⁰

⁹ Véase en particular Bühler (1934) y Benveniste (1958; 1966: 258-266). Para una visión sintética sobre la noción de deixis, véanse Lyons (1977: capítulo 15) y Levinson (1983: capítulo 2; 2004).

¹⁰ La definición de Lyons (1977: 637) reza así: “By deixis is meant the location and identification of persons, objects, events, processes and activities being talked about, or referred to, in relation to the spatiotemporal context created and

En la visión precursora de Bühler (1934; 1967: 139) se distinguen tres modalidades deícticas: (i) la *demonstratio ad oculos et ad aures*, que se refiere a elementos del entorno extralingüístico sensorialmente tangibles, (ii) la *anáfora* o mostración “sintáctica”, que remite a elementos lingüísticos presentes en la cadena textual, (iii) la deixis *am Phantasma* o de fantasía, que apunta a entidades pertenecientes a un espacio abstracto o imaginativo, memorial o ficticio. La categoría (ii) se suele subdividir hoy día en usos textuales, usos discursivos y usos de notoriedad (véase infra, §6).¹¹ En la deixis en fantasma se acude al conjunto de los recursos de las primeras dos categorías.¹²

Las formas deícticas proporcionan un índice acerca de la conceptualización del entorno situacional, contextual o co-textual del discurso. La actualización y mostración del ser u objeto del que se habla, se lleva a cabo mediante su ubicación en el espacio y en el tiempo. Sin embargo, es un proceso que no opera sino en relación (y dependencia) estrecha con respecto al contexto de uso, ya sea éste la realidad extralingüística o el propio discurso en que aparecen.

sustained by the act of utterance and the participation in it, typically, of a single speaker and at least one addressee”.

¹¹ Deixis y anáfora realizan ambas un proceso de localización espacio-temporal: la deixis en la realidad extra-discursiva y la anáfora en el discurso mismo y/o por activación memorial (cf. Ariel, 1990: 73; 2008: 44 ss.; Gundel *et al.*, 1993: 274 ss.). Esta postura inclusiva es la de e.g. Macías Villalobos (2006: 72) y RAE (2009: §17.1h: 1272). Lyons (1977: 660) y Eguren (1999: 932), en cambio, estiman que la anáfora no es un tipo de deixis sino una relación de correferencia o co-indización.

¹² Bühler (1982: 23) insiste en que en la *deixis en fantasma* se acude a los medios de la *deixis ad oculos* y que el receptor-*espectador* interpreta miméticamente los recursos con que un *actor* puesto en escena hace presente lo ausente.

Desde el enfoque lingüístico cognitivo la relación entre la expresión deíctica y el contexto lingüístico y sociofísico se aborda en términos de anclaje. La noción de anclaje es más amplia que la de *origo*: mientras que el *origo* remite al *yo-aquí-ahora*,¹³ el anclaje comprende el evento de habla, los participantes y la escena, cuya conceptualización se considera en su conjunto.¹⁴ Esto equivale a reconocer que la codificación lingüística de rasgos o propiedades del contexto del enunciado es un instrumento para la estructuración de escenas y sus componentes (entidades, lugares, momentos) con respecto a instancias de anclaje. Al definir la muestación deíctica con respecto a las instancias de anclaje, no sólo se integra la variabilidad de su ubicación, sino que se realza al mismo tiempo su dimensión eminentemente subjetiva y versátil, lo cual repercute sobre la interpretación de las formas deícticas. Si, por defecto, el hablante-emisor es el centro deíctico del evento de habla, último punto de referencia, puede delegar el anclaje a otra instancia enunciadora. La perspectiva elegida puede ser la de otro participante o personaje de una ficción, o puede ser una perspectiva que él mismo adopta como personaje. Al multiplicarse así el númer

¹³ Lyons (1977: 637-638) se refiere a esta situación calificándola de “egocéntrica”. Todo está centrado en el *yo*-enunciador: es central el momento en que efectúa su enunciación, el lugar que ocupa en el momento de la enunciación, así como su estatuto social; análogamente, el centro discursivo es el punto al que el enunciador ha llegado en la producción de su enunciado.

¹⁴ “I will use the term *ground* to indicate the speech event, its participants, and its setting. A deictic expression can then be defined as one that includes some reference to a ground element within its scope of predication [...] to qualify as deictic, an expression must involve some facet of the ground not only as conceptualizer, but also as an object of conceptualization; that is, a ground element must be included within the scope of predication” (Langacker, 1987: 126-129).

mero de espacios mentales susceptibles de funcionar como dominio de anclaje, se combinan dos perspectivas complementarias: la perspectiva de la conceptualización y la de la estructuración del discurso.

Tal visión da cabida a la variedad de perspectivas que se presenta más en particular en la deixis en fantasma, ya que ésta es independiente de la situación ‘real’ del enunciador. Además de permitir que varíe el centro deíctico, la deixis en fantasma admite que se sucedan y se mezclen varias voces enunciativas.

Huelga insistir en la complejidad de los procesos destinados a introducir, actualizar y mantener referentes en el discurso. Si bien los signos deícticos no son sino uno de los recursos lingüísticos para coordinar la atención de los participantes en el evento de habla —o de los lectores— a medida que el discurso se desenvuelve en un contexto particular, contribuyen de forma sistemática a construir, perfilar y modificar el contenido de imágenes y modelos mentales en la mente de emisor y receptor. Presentan una entidad cualquiera —un ser, objeto, espacio físico o temporal, evento, estado de cosas— (como) ya establecida y, al combinar referencia y clasificación, oponen o vuelven a oponer una entidad a otras, un lugar o intervalo temporal a otros, más allá de la referencia anafórica. Desde el punto de vista cognitivo, asumimos que el conceptualizador interviene a partir de un ‘presente’ discursivo particular, que es una ‘conciencia’, a su vez (metafóricamente) un ‘espacio mental’. Desde un punto de vista comunicativo, cabe reconocer que los elementos deícticos pueden relacionar texto y contexto de diversas maneras, y son susceptibles de producir efectos subjetivos e intersubjetivos variados.

3.2. *El sistema demostrativo ternario del español*

Los demostrativos constituyen una clase básica entre los elementos lingüísticos deícticos. Aquí el interés se centra en las formas *est-*, *es-* y *aquel-*, que funcionan como determinante y como pronombre.¹⁵

En la interpretación clásica (RAE, 2009: §17.2n: 1280) el sistema demostrativo ternario del español se considera como paralelo a la deixis personal, aunque la analogía entre las personas gramaticales y los demostrativos no es comprobable sino en la deixis espacial y solo en la medida en que *este* sitúe todo aquello que esté en el ámbito del *yo*, *ese* lo que entre en el dominio del *tú*, y *aquel* todo aquello que rebase la esfera de los interlocutores.

Al lado de esta concepción ternaria, existe una interpretación alternativa en que *est-* y *aquel-* se opondrían de manera binaria en términos de cercanía vs. lejanía al hablante, y *es-* “sería un elemento no marcado que puede tomar ambos valores y que se usa en situaciones en las que la relación de proximidad no es relevante” (RAE, 2009: §17.2n: 1281).

En estudios tipológicos que privilegian la noción de relativa distancia, se distingue entre “proximal” (*est-*), “medial” (*es-*) y “distal” (*aquel-*) (e.g. Anderson y Keenan, 1985). A veces se combinan el parámetro de la persona y el de la

¹⁵ El capítulo 17 de RAE (2009: 1269-1335) ofrece un panorama global de la categoría de los demostrativos. Cuando las formas *est-*, *es-* y *aquel-* acompañan a un nombre, funcionan como determinantes definidos; son más restrictivos que los artículos y pronombres (Eguren, 1999: 938; RAE, 2009: §17.2j: 1279); de ahí que se prefiera el término de ‘determinante’ al de ‘adjetivo’.

distancia (e.g. Croft, 1990), lo cual se puede visualizar como en la figura 1.

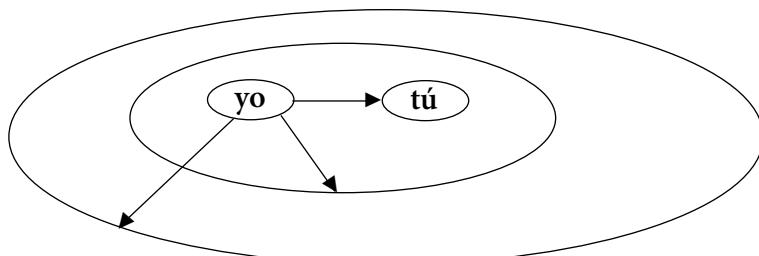


Figura 1. Organización topológica de la designación radicada en el ámbito del enunciador

En términos topológicos, la noción de proximidad se ciñe al ámbito del enunciador, la de distancia media presenta una latitud relativamente amplia, incluyendo como mínimo el ámbito del interlocutor, y la de lejanía abre la designación al infinito. En caso de partir de una organización bipartita del espacio, prevalece la oposición entre cercanía (*est-*) y lejanía (*aquel-*) del enunciador, y queda relativamente indeterminada la zona intermedia (cf. Eguren, 1999: 940).

Este doble marco clasificadorio —personal y topológico— tiene su aplicación directa en la deixis situacional, que es indexical: caracteriza la interacción cara a cara, en la que se apunta a localizaciones visualmente perceptibles en el entorno físico. La entidad señalada “ad oculos” (cf. Bühler, 1934; 1967: 174), se aísla y (re)clasifica en la *situación de habla* basándose en criterios *externos*.¹⁶

¹⁶ Para el acceso al espacio, que es visual, sirven tanto pronombres como adversarios. Para extender la exoforidad al vector temporal se acude a una categorización

El paso de la deixis situacional, exofórica, a la deixis no situacional, endofórica, se hace mediante la metáfora **UN TEXTO / DISCURSO ES UN ESPACIO** (Bühler, 1967: 195; Lyons, 1977: 669 ss.; Diessel, 1999: 36; RAE, 2009: 1272). El ‘espacio discursivo’ es interpretado en términos de escena perceptiva compartida entre un hablante y un interlocutor que ocupan cada uno una determinada *perspectiva*, o posición de observación, que les capacita para identificar las entidades que ocupan el escenario en términos de *distancia* con relación a una de sus respectivas posiciones de observación. Así se extiende a los demás modos de indicación —la anafórica y la deixis en fantasma— la idea de que las expresiones deícticas orientan adecuadamente al receptor a “referentes ya establecidos en el contexto lingüístico” (RAE, 2009: §17.4a: 1291).

Si bien se trata de una re-interpretación de “las dimensiones espaciales ‘objetivas’ del sistema de los demostrativos” (Eiguren, 1999: 941), supone la trasposición de las nociones espaciales a la dimensión *temporal* del contexto de enunciación, por lo que la reinterpretación de la localización deíctica en términos de su ubicación en el universo discursivo es función de una doble proyección —espacial y temporal— por el enunciador desde un anclaje mental, con una dimensión memorial eminentemente variable. Así, cuando los demostrativos sirven para activar (parte de) una escena de un mundo narrado, la trasposición del mecanismo de indización puede resultar bastante intricada: “la distancia respecto del centro deíctico que los demostrativos ponen

zación adverbial. Sobre deixis situacional en español véanse, entre otros, Eiguren (1999), Jungbluth (2005), Lavric (2007) y RAE (2009: §17).

de manifiesto en las series ternarias no es tanto física como PERCEPTIVA o VALORATIVA” (RAE, 2009: §17.2o: 1282).

Sobre todo en un relato en primera persona, es fácil que se sobrepongan, solapen y entremezclen la perspectiva de la narración y la del mundo narrado con sus diversas voces enunciadoras, entre ellas la del narrador-como-personaje. En (1), por ejemplo, aparecen seis formas demostrativas (*por eso, ese sacrificio, todo eso, en ese momento, de este modo, esta visita tuya*).¹⁷ La figura 2 recoge el juego de perspectivas que se puede observar en este fragmento.

- (1) a. El mismo día que Marcella partió a Frankfurt, por tren —*yo fui* a despedirla a la estación de Atocha—, Víctor Almeda, que debía viajar dos días después por avión con el resto de la compañía, *vino* a tocarme la puerta del pisito de la calle Ave María. *Traía* una cara muy seria, como si lo devoraran profundas cuestiones. *Supuse que venía* a darme alguna explicación por el episodio del Olimpia y le propuse que tomáramos un café en el Barbieri.
- b. En realidad, *venía a decirme* que él y Marcella estaban enamorados y que él consideraba su obligación moral hacérme saber. Marcella no quería hacerme sufrir y *por eso* se sacrificaba siguiendo a mi lado a pesar de amarlo a él. *Ese sacrificio*, además de hacerla desdichada, iba a perjudicar su carrera.
- c. Le agradecí su franqueza y le pregunté si, contándome *todo eso*, esperaba que yo les resolviera el problema.

¹⁷ Las subdivisiones facilitan el comentario. Las formas demostrativas van marcadas en negrita, otras formas relevantes para la perspectivación en simple bastardilla.

- d. —Bueno —vaciló un momento—, en cierta forma, sí. Si usted no toma la iniciativa, ella no la tomará nunca.
 —¿Y por qué tomaría yo la iniciativa de romper con una muchacha a la que tengo tanto cariño?
 —Por generosidad, por altruismo —dijo él en el acto, con una solemnidad tan teatral que tuve ganas de reírme—. Porque usted es un caballero. Y porque ahora ya sabe que ella me ama a mí.
- e. **En ese momento** *me di cuenta* que el coreógrafo me trataba *ahora* de usted. Las veces anteriores, siempre nos habíamos tuteado. **¿Pretendía de este modo** recordarme los veinte años que yo le llevaba a Marcella?
- f. —Tú no eres franco conmigo, Víctor —le dije—. Confiéasame toda la verdad. **¿Marcella y tú planearon esta visita tuya?** **¿Te pidió ella que me hablaras porque ella no se atrevía?**
- g. *Lo vi* removarse en el asiento y negar con la cabeza (MVLL, 2006: 359-360).

SECUENCIA	FORMA	DISCURSO	PERSPECTIVA
(1a)	-	relato	narrador
(1b)	<i>por eso</i>	DIL	ºMarcella > Víctor > yo-personaje ¿>? yo-narrador
	<i>ese sacrificio</i>	DIL	ºMarcella > Víctor > yo-personaje ¿>? yo-narrador
(1c)	<i>todo eso</i>	DI	yo-personaje > yo-narrador
(1d)	-	DD	personajes + acotación por el narrador
(1e)	<i>En ese momento</i>	relato	yo-narrador > yo-personaje
	<i>de este modo</i>	DIL	yo-personaje
(1f)	<i>esta visita tuya</i>	DD	yo-personaje

Figura 2. El juego de perspectivas en el fragmento (1) según el tipo de discurso: directo (DD), indirecto (DI), indirecto libre (DIL)

Tras introducir narrativamente la escena (1a), el discurso indirecto de la primera frase de (1b) da paso a una secuencia en discurso indirecto libre en que se hace eco al punto de vista de Marcella (*Marcella no quería*), asimilado primero por Víctor, el mensajero (*él consideraba*), e integrado después por el yo-personaje, receptor del mensaje (*hacérmelo saber*) y paciente (*hacerme sufrir*). El uso de la forma *es-*, si bien parece convencional en el conector *por eso*, sugiere que el propio yo-narrador acepta la versión de los hechos tal como recuerda que le llegó en el momento de la historia. La forma alternativa *a ese sacrificio*, a saber, ‘este sacrificio’ —justificable por darse en la inmediata continuación de *se sacrificaba*, verbo, además, con la misma raíz—, habría reducido el alcance al solo ámbito de Marcella, dejando margen para una proyección en él del espacio mental de Víctor, pero no del yo-narrador.

En el discurso indirecto de (1c) se ilustra la posible fusión del espacio mental del yo-narrador con el del yo-personaje: éste viene marcado como receptor (*contándome*) y como actor (*yo les resolviera el problema*); al mismo tiempo, el pretérito del predicado matriz (*pregunté*) señala que el acceso se realiza desde el espacio mental actual del yo-narrador.

El pasaje (1d) en discurso directo, acotado por el narrador (entre guiones), forma la transición a la secuencia (1e) en que relato y discurso indirecto libre se suceden. Si *En ese momento*, con el predicado de percepción mental en pretérito (*me di cuenta*), remite en primer lugar al punto de vista del narrador, enseguida da acceso en imperfecto (*me trataba ahora*) a la vivencia en un *ahora* por el yo-personaje

en posición de interlocutor. Así aparece como natural el empleo de *est-* en el discurso indirecto libre (*de este modo*), cuyo ámbito la interrogación en el imperfecto (*¿Pretendía ...?*) restringe a la conciencia del yo-personaje-interlocutor (*recordarme ... yo le llevaba*).

En la dramatización aportada por el discurso directo de (1f), finalmente, la visión se reduce a la del yo-personaje envuelto en la interacción (*esta visita tuya*); por la deixis *ad oculos* —reforzada en (1g) por el verbo de percepción visual (*vi*)— se crea la ilusión de exoforiedad en un marco deíctico en *fantasma*, por definición endofórico. Esto hace que el lector pueda ver en *esta visita tuya* la categorización natural del evento narrado 25 líneas antes, en la secuencia (1a), con indicaciones topográficas bien precisas y verbos deícticos cuya direccionalidad identifica el centro deíctico del yo-personaje como el espacio discursivo relevante (*fui, vino, traía*).

Si bien no es el propósito indagar en el fenómeno de la polifonía,¹⁸ queda claro que la dependencia contextual de la interpretación de las formas demostrativas no es reducible a una analogía con el paradigma personal ni se deja captar satisfactoriamente en términos de distancia (física en el texto). El ‘yo’ es múltiple, puede o no compartir su espacio mental con un ‘tú’ —también variable— y puede incorporar espacios mentales de terceras personas. Al abordar las seis formas demostrativas contenidas en el fragmento (1) en términos de anaforicidad, se observa que la construcción del

¹⁸ Sobre la noción baijiniana de “polifonía” en lingüística, *vid.* Ducrot (1980, 1984, 1989).

referente discursivo¹⁹ se hace a partir de la representación conceptual sacada del co-texto, y que la selección de *esto es-* no se decide mecánicamente en términos de distancia textual. Además, la inducción puede apoyarse en el contenido de un espacio discursivo más amplio y no necesariamente homogéneo; así, se podría argüir que *esta visita tuya* no sólo se conceptualiza en relación con la secuencia (1a) sino que resume todo lo que precede, de (1a) hasta y con (1f).

De lo anterior se desprende que la analogía que se puede establecer de la deixis no situacional con la situacional *ad oculos* es simbólica —no ontológica—, ya que no se trata de apuntar a localizaciones visualmente perceptibles en el entorno físico, a diferencia de lo que ocurre en la deixis situacional que caracteriza la interacción cara a cara. La deixis no situacional no es realizable con el gesto desde una determinada posición. No se apunta a la base deíctica material del enunciador / narrador, sino que se trata de semiosis lingüística con un estatuto puramente discursivo: el conceptualizador representa un conjunto homogéneo de elementos (como categoría o tipo), aísla uno o varios de esos elementos, y los opone a los no retenidos. La designación es, pues, independiente del contexto situacional: el contenido léxico del nombre aporta la categorización (por contraste con otras) y cada nueva ocurrencia de *est-/es-/aquel-* constituye una nueva o renovada tipificación.

¹⁹ Se emplea el término ‘referente discursivo’ porque un grupo nominal no identifica a su referente en términos absolutos, sino sólo con fines discursivos en un contexto discursivo particular. Aun cuando el referente es un individuo concreto, el nombre sólo lo identifica en términos discursivos (cf. Langacker, 2004).

4. Hacia una interpretación funcional-cognitiva

Adoptando el supuesto de que los usos no situacionales no están en relación directa con una persona u otra del discurso, considero que, cuando posibilitan que la entidad o estado de cosas que discriminan se atribuyan al dominio de tal o cual persona, es por inducción, como valor inferido, pero que no es el principio motor del uso no situacional de las formas demostrativas. Y si reflejan proximidad / distancia, esta noción requiere una aproximación funcional-cognitiva: la metáfora espacial no sólo es aplicable al texto / discurso, sino que puede ser extendida a la conciencia, concibiéndola como ‘espacio mental’ (cf. §2 arriba).

Ante cualquier representación mental, el perceptor puede verse involucrado, o no, y epistémicamente comprometido, o no. El sistema demostrativo ternario permite dar expresión a esta doble opción de conceptualización.

4.1. *Fundamentación de la hipótesis*

Desde el punto de vista de la semántica conceptual, no hay significado fuera de la mente de un experimentador. O sea, que el mundo mental es requisito *sine qua non* tanto para vivir una vida ‘real’ como para procesar ficción (películas, novelas,...). No conviene separar la conceptualización del mundo ‘real’ de la de mundos narrados: es un continuo que engloba ‘realidad(es)’ y experiencias ‘ficticias’ y, lo que es crucial para el presente propósito, el punto de vista del conceptualizador puede variar tanto dentro como entre mundos narrados. En estos, al igual que en el mundo ‘real’, se

construyen espacios mentales (Fauconnier, 1997) o dominios cognitivos (Langacker, 1987).

Esto implica que para los usos no situacionales no se deben tomar el espacio, la localización y la persona como parámetros básicos. No es que la metáfora espacial aplicada al texto / discurso y la analogía con el sistema de las tres personas no tengan ningún alcance aclaratorio, pero sugieren indebidamente que todos los usos no situacionales proceden de un mecanismo altamente previsible y que el papel del conceptualizador se limita a registrar una visión ‘objetiva’ o intersubjetivamente comprobable. Si bien cabe reconocer cierto grado de gramaticalización en las funciones endofóricas, no significa que las tres formas demostrativas dejen de contrastar entre sí o de tener una función contrastiva.²⁰

Así partimos de una doble posición axiomática: (i) en los usos no situacionales la distinción ternaria mantiene su vigencia, y (ii) las nociones claves son (a) la continua actividad de escaneo mental por parte del conceptualizador y (b) el reconocimiento de que el conjunto de entidades, proposiciones, relaciones... conectadas con la actual conciencia del enunciador-conceptualizador no permanece estable sino que evoluciona a medida que el foco de atención y las finalidades comunicativas cambian.

Las entidades introducidas en el discurso no se procesan con un perfil unívoco y estable, sino que pueden ser aprendidas bajo facetas y valoraciones diferentes. Su imagen depende de los elementos que conformen el dominio de

²⁰ Diessel (1999: 119), en cambio, considera no-contrastivos los demostrativos que sirven funciones internas al lenguaje, a saber, los usos anafóricos, los usos deícticos discursivos y los demostrativos de notoriedad (véase infra, §6).

anclaje del espacio discursivo donde aparecen y, crucialmente, de la perspectiva adoptada por el conceptualizador de turno. Este, además, no mantiene forzosamente una misma visión sobre la relación entre lo ya “conocido” y lo “nuevo” ni se siente necesariamente involucrado siempre de la misma manera en la conceptualización.

Según este razonamiento, las repercusiones que esta variabilidad y subjetividad tiene para la función de los demostrativos en textos narrativos pueden captarse en los términos siguientes. Arguyo que los demostrativos contribuyen a poner el posicionamiento epistémico del conceptualizador en su debida perspectiva: en función de la base de creencias y conocimientos operativa en cierto punto del discurso, podrá variar la habilidad para especificar los contornos de lo que se está evocando, así como la evaluación de la oportunidad o necesidad de hacerlo.

A la luz de lo anterior, la hipótesis es que el paradigma demostrativo funciona como un recurso estratégico para señalar en qué nivel perceptivo el enunciador se sitúa o, mejor dicho, cuál está dispuesto a asumir. Con el paradigma terñario del español se ofrecen las siguientes posibilidades de perfilamiento:

- (i) una simple captación contingente, sin *a priori*, con una base de conocimiento mínimamente activada (*est-*),
- (ii) la fijación de una imagen anclada en la base de conocimientos personales (*es-*),
- (iii) la aceptación de un contorno global, con base objetivada (*aquel-*).

Esta diferenciación perceptiva-cognitiva en tres niveles implica que el carácter ‘situacional’ y los contrastes de distan-

cia codificados por los demostrativos no deben analizarse en primer lugar en relación con antecedentes lingüísticos y posiciones de observación concebidas como fijas, sino que conviene tomar las formas demostrativas como índices del estatus cognitivo que el hablante-conceptualizador atribuye momentáneamente a un cierto contenido. Acudir a un demostrativo para realizar una función de rastreo referencial o conexión discursiva es una opción marcada. Estas funciones suelen, en efecto, ser cumplidas mediante otros recursos (artículo definido, pronombre personal de tercera persona, cero...).

Según esta hipótesis, los tres demostrativos se corresponden con una base de conceptualización diferente y dan una dimensión subjetiva a la cohesión y coherencia discursiva. En su uso no situacional, al igual que en su uso situacional, los demostrativos insertan un elemento en un conjunto oposicional. La diferencia es que, al ser no situacionales, reflejan tres niveles de conceptualización. Son tres maneras de hacer una entidad, evento o estado de cosas perceptivamente presente, o sea, de perfilar algo desde la conciencia del conceptualizador.

4.2. Involucramiento y compromiso epistémico

A nivel analítico, las tres conceptualizaciones proceden de la combinación de dos parámetros básicos, a saber, el *involucramiento* del conceptualizador, por un lado, y su *compromiso epistémico*, por otro. Si bien ambas nociones tienen que ver con cómo los hablantes abordan entidades y estados de cosas, la diferencia esencial es que el involucramiento toma la vertiente que se ocupa de los principios experienciales

que contribuyen a que los hablantes conceptualicen las expresiones lingüísticas en la manera en que lo hacen. Califica la relación de conceptualización entre el conceptualizador de una predicación lingüística y la conceptualización que constituye esta predicación (*vid.* Langacker, 1987: 128).

Considero que el papel de conceptualizador al formular un enunciado puede desempeñarse sin *involucramiento* propio en el procesamiento de los esquemas de imagen evocados, es decir, sin que se apoye en su experiencia inmediata (cf. “immediate experience” (Langacker, 2009: 203)) y postulo que entre los demostrativos del español, *aquel-* manifiesta esta posibilidad, mientras que *est-* y *es-* marcan el involucramiento del hablante en la conceptualización de la escena.

La noción de *involucramiento* del hablante está basada en la conceptualización y el procesamiento de esquemas de imagen, pero no dice nada respecto de su *compromiso epistémico*, es decir, no indica si hace una evaluación cognitiva de la situación. Al no haber involucramiento, tampoco cabe suponer ninguna operación de asimilación razonada de ‘existencia’; de ahí que el uso de *aquel-* no suela entrañar inferencias evaluativas o actitudinales. En cambio, al haber involucramiento, puede haber asunción de conocimiento como puede no haberla. Al usar *est-*, el hablante se presenta como conceptualizador involucrado sin señalar su estatuto de ‘conocedor’. La identificación es máximamente subjetiva; de ahí que su empleo pueda tener una connotación afectiva (cf. RAE, 2009: §17.2v: 1284).²¹ Mediante *es-*, al con-

²¹ Como factores relevantes para la selección de los demostrativos Lyons (1977: 677) evoca el envolvimiento subjetivo del hablante y la relevancia de experiencias compartidas en que apoyarse; en ciertos usos de los demostrativos del in-

trario, se añade una dimensión razonada, de carácter ‘ontológico’ a juicio del conceptualizador. Dicho de otro modo, con *es-* el involucramiento parece ir emparejado con cierta reflexión (crítica) acerca del perfil esquemático atribuido a la entidad o el estado de cosas en juego.

Al centrarse en procesos cognitivos relacionados con el propio conceptualizador, esta definición de *compromiso epistémico* reconoce la naturaleza subjetiva del estatuto de ‘conocimiento’. Por lo mismo, la presencia de una operación epistémica hace comprensibles las inferencias de tipo evaluativo, a menudo negativas, que en la bibliografía sobre los demostrativos se han podido asociar con el uso de *es-*; lo sugieren expresiones como “*ese* despectivo” (Eiguren, 1999: 941) y “*ese* de desprecio” (Macías Villalobos, 2006: 180). La presencia de vocablos con connotación negativa ha podido dar pie a la idea de que con *es-* se tiende a vehicular imágenes peyorativas. Conste, sin embargo, que esto no se comprueba sino en una pequeña minoría de contextos y que, cuando la orientación es despectativa, no se debe al uso de *es-* sino al tenor del contexto. Los datos analizados confirman la observación de De Kock (1995: 65) de que tal connotación dista de ser inherente y sólo se contrae “de manera local y provisional”.

glés que “indican proximidad” (*this, here, now*) ve una manifestación de deixis “empática”, es decir, el reflejo de que “se identifica con la actitud o el punto de vista del destinatario”. La posibilidad de que se evoque aproximación afectiva también ha sido observada para el español; Lamíquiz (1967: 199), por ejemplo, atribuye a *est-* la capacidad de “psicológicamente acercar lo que subjetivamente se estima, sin tener en cuenta la real y lógica distancia espacial o temporal”.

La doble caracterización del valor demostrativo no situacional en términos de involucramiento y compromiso epistémico le reconoce un significado propio a cada forma demostrativa. Al mismo tiempo capta, por un lado, el denominador común a *est-* y *es-*, a saber, el involucramiento del conceptualizador, y, por otro lado, la semejanza entre *est-* y *aquel-*, a saber, su opacidad en cuanto a compromiso epistémico. La figura 3 resume el análisis propuesto.

<i>Est-</i>	+ involucramiento	- compromiso epistémico
<i>Es-</i>	+ involucramiento	+ compromiso epistémico
<i>Aquel-</i>	- involucramiento	- compromiso epistémico

Figura 3. Traducción del enfoque perceptivo de los usos no situacionales de los demostrativos en términos de involucramiento y compromiso epistémico del conceptualizador

La diferenciación en términos de conceptualización, tal como está representada en la figura 3 sugiere que existe una gradación de mayor a menor subjetividad yendo de *est-* a *aquel-*, pasando por *es-*. Esta estratificación parece correr pareja con una gradación de mayor a menor convergencia con los usos situacionales. Aunque esta pista queda por explorar con mayor detenimiento, los pasos dados hasta aquí permiten esbozar a grandes rasgos el tipo de efecto que la deixis en fantasma produce en el lector que experimenta un mundo narrado ‘desde dentro’. La forma *est-* le puede dar la impresión de ser testigo directo y prepararle a aceptar discontinuidad temática. Con *es-* el lector se podrá dejar impregnar por la imagen de alguna entidad, candidata a continuidad temática, mientras que con *aquel-* tomará conciencia

de la convocatoria de una base conceptual presentada como ajena a la del narrador. De ahí que *aquel*- tienda a especializarse en la “deixis retrospectiva” (RAE, 2009: §17.2q: 1283), que es un uso “evocador” o “alusivo”, “una manifestación de la llamada DEIXIS EN AUSENCIA” (RAE, 2009: §17.2s: 1283) (*infra* §6.1).

5. Métodos de comprobación

La verificación de la hipótesis de que la triple distinción tiene la base cognitiva que se acaba de exponer, puede hacerse tanto desde el punto de vista del *tipo* de deixis no situacional realizada como en función de la *forma* demostrativa. Podrían aducirse ejemplos provenientes de un amplio abanico de textos de ficción. Para mayor homogeneidad, sin embargo, y también por razones de espacio, he optado por limitar aquí las ilustraciones a una sola novela, a saber, *Travesuras de la niña mala* de Mario Vargas Llosa (MVLL, 2006). Es un relato en primera persona con muchos diálogos, que se presta al estudio de los más diversos usos de los demostrativos.

En la sección 6 se averigua si existe una relación preferente entre el tipo de deixis y la forma demostrativa empleada. En la sección 7 se examinan, por demostrativo, los principales usos convencionalizados y se comentan algunos ejemplos representativos de la novela a la luz de la hipótesis cognitiva propuesta en la sección 4.

6. Tipos de usos no situacionales

Como ya se ha podido ver en el fragmento (1) (*supra*, §3.2), existen varios tipos de usos no situacionales.²² Cabe verificar si existen relaciones preferentes entre tipo de deixis y forma demostrativa, si son analizables a la luz de la hipótesis (§4) y si, como es esperable, la conmutación por otra forma para realizar un determinado tipo de deixis incide en la interpretación. Primero se consideran los subtipos denominados deixis textual pura, deixis de notoriedad y deixis en ausencia (6.1). Luego se comenta el funcionamiento de la deixis discursiva (6.2), antes de enfocar la posible convergencia entre deixis textual y deixis discursiva, conocida como “anadeixis” (6.3) y mostrar cómo el uso de los demostrativos en fragmentos dialogados trasciende la dimensión escénica y puede relacionarse con la perspectiva de la narración (6.4).

6.1. *Deixis textual pura, deixis de notoriedad y deixis en ausencia*

La ‘deixis textual’ ‘pura’ (Lyons, 1977: 667) se refiere a una (secuencia de) palabra(s) del co-texto en un uso ‘metalingüístico’ (RAE, 2009: §17.1i: 1272). Remite a la propia organización del discurso, *e.g.* (2). Como tal, no caracteriza al

²² Conste que la clasificación y terminología adoptadas no son las únicas posibles. La discusión de las vacilaciones existentes al respecto rebasa los límites del presente estudio. Eguren (1999: 937), por ejemplo, habla indistintamente de uso deíctico ‘textual’ y ‘discursivo’. Himmelmann (1996: 220 ss.) y Diessel (1999: 100 ss.), por su parte, clasifican como ‘deixis discursiva’ lo que aquí llamamos ‘deixis textual’, y califican de ‘demostrativos anafóricos’ lo que aquí consideramos ‘deixis discursiva’.

género narrativo sino al expositivo. Es significativo que en la auto-reflexividad prevalezca el empleo de la forma *est*-: el enunciador está máximamente implicado en la elaboración de su discurso, y se sitúa en su texto como en un espacio que está recorriendo (cf. §3.2).²³

- (2) El capítulo 2, “Fundamentos de trabajo con Windows 2000”, es una completa descripción de la interfaz gráfica de Windows 2000. *En este capítulo* se explicarán los fundamentos básicos de la comunicación entre el usuario y el programa (CREA, M. Pardo Niebla, *Windows 2000*)

La ‘deixis de notoriedad’, por su parte, apela a conocimientos enciclopédicos supuestamente compartidos. Es operativa sin que el concepto haya sido introducido antes en el texto. La accesibilidad y poder evocador del grupo nominal dependen de cómo encaje en la ambientación proporcionada por el contexto. En (3), *e.g.*, *esas sumas extraordinarias* aportan un elemento fácilmente integrable en la representación que el fragmento da del mundo hípico. Es un componente adicional que se realza en la evocación de un marco de referencia culturalmente arraigado, definible como *frame*²⁴ (Fillmore, 1982: 111) o “modelo cognitivo

²³ Su visión puede abarcar un texto entero (*este libro*) como limitarse a una secuencia individual (*este párrafo*, por ejemplo). La analogía con el espacio sociofísico se manifiesta en el contraste entre la ostensión por inmersión (*est*-) y la de una secuencia fuera del alcance inmediato, que por defecto se establece mediante *aquel*.

²⁴ Fillmore (1982: 111) define un “frame” o marco como “any system of concepts related in such a way that to understand any one of them you have to understand the whole structure in which it fits”.

idealizado”²⁵ (Lakoff, 1987: 284 ss.). El determinante *es-* es la forma preferente para realizar una deixis de notoriedad, a exclusión de *est-*. Si esta distribución se corrobora en otros textos, refuerza la hipótesis de que la forma *es-* conlleva una dimensión de compromiso epistémica de la que carece *est-*.

- (3) Le hacía muchas preguntas. Cómo eran las gentes de allí, las casas donde vivían, los rituales y tradiciones de que se rodeaban, las relaciones entre propietarios, jockeys y preparadores. Y en qué consistían las subastas en el Tattersalls en que se pagaban *esas sumas extraordinarias* por los caballos estrellas y cómo era posible que se subastara un caballo por partes, como si fuera desarmable (MVLL, 2006: 115).

La llamada ‘deixis en ausencia’ (RAE, 2009: §17.2s: 1283) alude a seres, objetos, épocas o lugares sin señalarlos de forma ostensiva o anafórica. Este uso evocador se realiza típicamente mediante la forma *aquel-*: como se ve en (4), permite instaurar un marco de referencia presentado como independiente (lo atestiguan los nombres propios y la fecha añadida

²⁵ Por “modelo cognitivo idealizado” se entiende la manera en que organizamos nuestros conocimientos, no como reflejo directo de una estado de cosas objetivo en el mundo extralingüístico sino según ciertos principios cognitivos estructuradores. Los modelos son idealizaciones, suponen que se hace abstracción, mediante procesos perceptuales y conceptuales, de las complejidades del mundo físico. Al mismo tiempo, esos procesos imparten una estructura organizadora, por ejemplo, en la forma de categorías conceptuales.

Un modelo cognitivo idealizado constituye una esfera de conocimientos que es de índole enciclopédica, aunque a menudo muy simplificada y a veces susceptible de ser errónea. Modelos cognitivos idealizados proporcionan pues moldes ya formateados para estructurar espacios mentales. Ante una situación con elementos que evocan un determinado modelo cognitivo idealizado, este modelo provee un marco para detalles potencialmente relevantes.

a la segunda mención). En las líneas iniciales de la novela, se capta así la visión retrospectiva del yo-narrador sobre un mundo evanescido en que tomó parte pero que no le concierne como concepto (*verano*) sino sólo como marco en que situar sus recuerdos personales (*fabuloso, mi barrio, ganamos*). La visión retrospectiva excluye el uso de *est-*; en cuanto a *es-*, habría conferido a la época evocada una pertinencia mayor que la de servir de punto de arranque para el relato.

(4) *Aquel* fue un verano fabuloso. Vino Pérez Prado con su orquesta de doce profesores a animar los bailes de Carnavales del Club Terrazas de Miraflores y del Lawn Tenis de Lima, se organizó un campeonato nacional de mambo en la Plaza de Acho que fue un gran éxito pese a la amenaza del Cardenal Juan Gualberto Guevara, arzobispo de Lima, de excomulgar a todas las parejas participantes, y *mi barrio*, el Barrio Alegre de las calles miraflorinas de Diego Ferré, Juan Fanning y Colón, disputó unas olimpiadas de fulbito, ciclismo, atletismo y natación con el barrio de la calle San Martín, que, por supuesto, *ganamos*.

Ocurrieron cosas extraordinarias en *aquel* verano de 1950.

(MVLL, 2006: 9, primeras líneas de la novela)

6.2. *Deixis discursiva*

En la relación anafórica²⁶ que caracteriza a la deixis discursiva, el ‘referente’ no es en el sentido estricto el elemento

²⁶ Los términos ‘anáfora’, ‘anafórico’ y ‘anaforicidad’ se utilizan aquí como hipérónimo que incluye también las relaciones catafóricas. Éstas se consideran usos derivados de expresiones anafóricas: de acuerdo con las máximas cooperativas

lingüístico antecedente que está en el texto o co-texto, sino que es una entidad —personaje con cierta actitud, objeto bajo cierta faceta, evento con ciertas coordinadas espacio-temporales, etc.— que se halla en el universo del discurso, que es creada por el texto y presenta una estructura temporal que viene dictada por el texto y que puede ser sometida a continuas modificaciones. Por eso es preferible hablar de ‘referente discursivo’.

En su uso discursivo, el demostrativo dirige la búsqueda del referente discursivo hacia entidades contextualmente accesibles (activadas o familiares).²⁷ Con cada nuevo demostrativo, especialmente en su empleo de determinante, es posible reconfigurar el contexto, ya que el nombre al que introducen aporta una (re-)categorización o modificación de la entidad aludida, y ya no su identificación propiamente dicha (cf. *e.g.* Kleiber, 1984: 74; Corblin, 1987: 223; Maes y Noordman, 1995: 261).²⁸ La responsabilidad de la (re-)categorización operada por el nombre en el grupo nominal demostrativo incumbe al enunciador que ocupa el centro deíctico en el momento de la enunciación.

(Grice, 1975), el receptor supone que el hablante tiene en mente el referente discursivo e infiere que la dará con dilación, como post-cedente.

²⁷ Por la vinculación a la perspectiva enunciativa, nuestro enfoque cognitivo difiere de modelos que explican la selección del grupo nominal determinado sólo en función de la accesibilidad del referente en términos de distancia (cf. Ariel, 1990) o del estatuto cognitivo-memorial (cf. Gundel *et al.*, 1993).

²⁸ En vez de hablar de la combinación de “la identificación referencial y la localización deíctica” (Eiguren, 1999: 939), nos parece más correcto decir que se trata de una (re-)categorización del referente discursivo. Corblin (1987) menciona a varios autores que avanzaron ya anteriormente la noción de “referencia discursiva”. Entre ellos figuran, no por casualidad, Damourette y Pichon (1911-1950) y Guillaume (1919), que practicaron una semántica conceptual *avant-la-lettre*.

Por eso se puede decir que el demostrativo no informa tanto sobre dónde encontrar el referente en el (co-)texto como sobre cómo se relaciona con el punto de vista adoptado por el enunciador. En (5), por ejemplo, la categorización *ese y otros misterios* tiene por antecedente una serie de interrogantes desgranados en el párrafo anterior, de la que la pregunta que precede inmediatamente al demostrativo es el último eslabón. Aunque la distancia es nula, *es-* —a diferencia de *est-*— indica que, más que una impresión, se da a conocer al lector un modo de ver razonado, compartido en el grupo de adolescentes y asumido también por el enunciador-narrador en el espacio discursivo vigente hasta el momento de la revelación.

- (5) ¿Por qué las chilenitas, que eran tan libres, no querían tener enamorado?

Ese y otros misterios relacionados con Lily y Lucy se aclararon inesperadamente el 30 de marzo de 1950, el último día de aquel verano memorable, en la fiesta de Mariosa Álvarez-Calderón, la gordita pufi (MVLL, 2006: 20)

En (6) se suceden dos ocurrencias de *es-* con función diferente. La primera —(6a)— realiza una deixis de notoriedad (*supra*, §6.1): con *esos libros de Paul Féval, Julio Verne, Alejandro Dumas y tantos otros* se introduce un referente discursivo nuevo en que se reconocen fácilmente algunos exponentes de un cierto modelo de educación. La segunda —(6b)—, de tipo discursivo, opera la re-categorización en un género particular, el de las *novelas*. Tal como se describe el efecto de las novelas francesas en el sistema de creencias

del narrador (*me llenaron la cabeza... me convencieron*) queda plenamente asentado su involucramiento y compromiso epistémico; lo cual justifica el uso de *es-*, de acuerdo con la hipótesis.

- (6) Desde que tenía uso de razón soñaba con vivir en París. Probablemente fue culpa de mi papá, de [(6a)] *esos libros de Paul Féval, Julio Verne, Alejandro Dumas y tantos otros* que me hizo leer antes de matarse en el accidente que me dejó huérfano. [(6b)] *Esas novelas* me llenaron la cabeza de aventuras y me convencieron de que en Francia la vida era más rica, más alegría, más hermosa y más todo que en cualquier otra parte (MVLL, 2006: 15)

La iteración de la forma *es-* (*esos libros de..., esas novelas*) realza el impacto de la literatura mencionada sobre la vida del narrador. Acudir a las formas *estos libros* y *estas novelas* volvería incoherente el contexto, ya que pondría al conceptualizador ante los propios libros, en la posición de lector, o sea, receptor de los textos, mientras que con *esos libros* y *esas novelas* se entiende que son universos narrativos integrados en su visión del mundo. El uso de *es-* es cónsono con la evocación del impacto recibido (*me llenaron la cabeza de aventuras*) asociado a la lúcida aceptación de su influencia (*me convencieron de que...*).

Respecto del antecedente también puede haber modificación conceptual sin re-categorización. En (7), por ejemplo, se establece una relación anafórica entre el grupo nominal *esas charlas* y la entidad discursiva introducida mediante *las charlas* en el párrafo anterior. No se instaura un cambio de

perspectiva, u *origo* en terminología bühleriana, sino que es el mismo *origo* pero con otro perfilamiento conceptual. Cambia la contextualización. En las mismas situaciones comunicativas se pasa del marco inicial de las relaciones familiares (*el tío, mi mujer, la familia*) al dominio de la política (*el Perú, belaundista, segundo gobierno*, etc.).

(7) *En las charlas* que teníamos durante su convalecencia, el tío Ataúlfo nunca me hizo preguntas sobre el pasado de mi mujer. Le enviaba saludos, estaba encantado de tenerla en la familia, esperaba que alguna vez se animara a venir a Lima para conocerla, pues, en caso contrario, a él, a pesar de sus achaques, no le quedaría otro remedio que ir a visitarnos a París. Tenía enmarcada en una mesita de la sala la foto que le enviamos, tomada el día de nuestro matrimonio, al salir de la alcaldía, con el telón de fondo del Panteón.

En esas charlas, generalmente en las tardes, después del almuerzo, que se prolongaban a veces horas, hablábamos mucho del Perú. Él había sido un belaundista entusiasta toda su vida, pero ahora, apenado, me confesó que el segundo gobierno de Belaunde Terry lo había decepcionado [+ 20 líneas más adelante en la misma línea temática] (MVLL, 2006: 299-300)

En la medida que el demostrativo marca un posible cambio de perspectiva o punto de vista, es por excelencia un utensilio de desplazamiento del foco de atención (“*focus shift*”). Los efectos pueden ser muy variados: además de introducir nuevas propiedades descriptivas, puede poner en escena o hacer eco a otra voz enunciativa o añadir información valorativa no directamente pertinente para la mera

identificación del referente discursivo. Así, en (7), no sólo se comenta una segunda temática de *las charlas*, sino que se añade a la identificación del período (*teníamos durante su convalecencia*) la especificación del momento del día (*generalmente en las tardes, después del almuerzo*). Al comentar sintéticamente lo que encontró diariamente en las conversaciones con su tío, el narrador-enunciador acude naturalmente a la forma *es*: refleja a la vez su envolvimiento personal y su reflexión crítica.

6.3. *Anadeixis*

A veces anáfora discursiva y deixis textual son difícilmente distinguibles: como el universo vigente, con sus dimensiones espacial, temporal y nocional, se construye mediante el lenguaje, se puede a veces dudar entre una interpretación anafórica o espacial. Para estos casos Ehlich (1982: 59; 333-334) ha acuñado el término *anadeixis*. Desde el punto de vista cognitivo, parece tratarse de las dos caras de la misma moneda: desde la perspectiva externa de los lectores se puede privilegiar la vertiente anafórica, mientras que desde el punto de vista interno de los personajes o del narrador, prevalece más bien la simple deixis.

La (con)fusión no sólo se da con la localización espacial, y objetos concretos, sino también con objetos semióticos. Veamos primero un ejemplo de tipo espacial.

En (8) *en esas soledades* hace más que simplemente establecer una relación de correferencia con *entre las casetas de vestir de la piscina*, como habría sido el caso con el adverbio deíctico *ahí*. El nombre *soledades* perfila el carácter desértico

co del lugar, reforzando la intencionalidad ya señalada por la locución adverbial de manera *a escondidas* y el verbo de desplazamiento *refugiarse*. Se trata pues de una categorización claramente asumida desde la vivencia del narrador-enunciador, lo que, según la hipótesis, justifica el empleo de *es*.

- (8) Me fui a tomar un jugo de mango y a fumar un Viceroy *a escondidas, entre las casetas de vestir de la piscina*. Allí me encontré con Juan Barreto, mi amigo y compañero del Colegio Champagnat, que había venido a *refugiarse* también *en esas soledades* para fumarse un pitillo (MVLL, 2006: 21)

En (9), la relación anafórica establecida mediante *este pasaporte* también combina deixis textual y deixis discursiva: no capta la imagen del objeto sólo en su relación con el narrador omnisciente —por definición situado en un espacio conceptual exterior a la acción novelesca— sino que, por un lado, el narrador recuerda que la entidad así discriminada es la que acaba de anclar en el espacio de referencia espacio-temporal que es el texto y que da cabida al espacio del mundo narrado; por otro lado, la forma *est-* es sintomática del discurso indirecto libre: identifica la voz enunciativa en el mundo narrado como la de la niña mala (la protagonista de la novela), que da una imagen actualizada de su última entrada en Francia: es como si se viera con el pasaporte en la mano.

- (9) El pasaporte inglés, que lucía una foto suya con un maquillaje que le cambiaba casi totalmente el semblante, estaba extendido a nombre de Mrs. Patricia Steward. ME EXPLICÓ que, desde que su ex esposo David Richardson demostró la bigamia

que anulaba su matrimonio inglés, perdió de manera automática la ciudadanía británica que obtuvo al casarse. El pasaporte francés que consiguió gracias a su marido anterior no se atrevía a utilizarlo porque NO SABÍA si monsieur Robert Arnoux se había decidido finalmente a denunciarla, le había abierto un juicio penal o acusado de bigamia o cualquier otra cosa para vengarse. Fukuda le había procurado para sus viajes africanos, al igual que el inglés, un pasaporte francés con el nombre de madame Florence Milhoun; en él, la fotografía la mostraba muy joven y con un peinado muy distinto del que llevaba normalmente. Con *este pasaporte* había entrado a Francia la última vez (MVLL, 2006: 272)

Por un lado, se cumple la expectativa respecto de la deixis textual ya que por defecto se supone que la referencia se hace a la entidad con la más reciente mención. Por otro lado, a nivel discursivo, *este pasaporte* re-actualiza un episodio desde la perspectiva de la enunciadora (sujeto de *me explicó, no sabía*) como si lo reviviera al contarla, comprobando la operatividad del documento, independientemente de la cuestión de saber si era auténtico o falso, inglés o francés; de ahí el empleo de la forma experiencial *est-*, epistémicamente no marcada.

La introducción de una carta como referente discursivo también da pie a la combinación de varias perspectivas. En (10), por ejemplo, se perfila como un espacio medible (*larga carta*) y segmentado (*debajo de su firma, lacónica posdata*). Más allá del punto de vista del personaje-receptor, el grupo nominal anafórico *esta frase* recupera la cita como entidad semiótica (o sea, la fórmula “*Saludos de la niña mala*” y su

interpretación como acto de habla). Al mismo tiempo los lectores pueden seguir el movimiento de los ojos del narrador-personaje-receptor que recorren el espacio-carta.

- (10) Un par de meses después de su partida, Salomón me escribió una larga carta [...]. Debajo de su firma había puesto una lacónica posdata: “Saludos de la niña mala”. Cuando llegué a *esta* frase, la carta del Trujimán se me cayó de las manos y tuve que sentarme, presa de un vértigo (MVLL, 2006: 160-161)

Al operar la magia de la lectura, se da un desplazamiento deíctico que, en el modelo de Bühler (1934) y luego en el marco de la “deictic shift theory” elaborada en Duchan, Bruder y Hewitt (1995), se define como un acto cognitivo: el lector se proyecta en un mundo no materialmente presente, de modo que el texto narrativo se interpreta como si lo estuviéramos experimentando desde una posición dentro del mundo de la narración (Segal, 1995: 14). En palabras de Bühler, “la montaña viene a Mahoma” (Bühler, 1967: 215). Dicho simplemente, uno ‘entra’ en la historia y la vive por inmersión en las vivencias evocadas. Así, en (10), seguir la conceptualización del narrador-enunciador significa que el lector se ve a su vez enfrentado a la posdata que descubre en el acto.

Al igual que los verbos relacionados con la visión, el oído o la comunicación y nombres espaciales (e.g. *ciudad*, *piso*, *soledades* (8)), nombres como *visión*, *murmullo*, *dibujo*, *pasaporte* (9) o *frase* (10), también pueden funcionar como ‘constructores de espacio’ (cf. §2). Cuando el constructor de espacio es nominal, el nuevo espacio discursivo

no da cabida a un evento —como ocurre con un predicado verbal— sino que hace acceder al perceptor-lector a un contenido. El uso de *est-* impone una percepción particular de lo semióticamente codificado en, por ejemplo, un *pasaporte* (9) o una *frase* (10); de ahí se puede inferir que desde perspectivas alternativas podrían ser percibidos de otra manera. En cambio, el uso de *es-* en (8) sugiere que el lugar referido se deja calificar como *soledades* por quienquiera que lo conozca.

6.4. *Deixis en citas y fragmentos dialogados*

Por la dramatización mediante el discurso directo el receptor presencia la interacción entre los personajes como si asistiera a una escena en el teatro, pero viéndola con “los ojos del espíritu” (Bühler, 1967: 211). El enunciador al que se delega la palabra en citas y fragmentos dialogados dispone tanto de los recursos de la deixis situacional como de los de la no situacional. En ésta se puede observar la pertinencia de la alternancia entre *est-* y *es-* incluso cuando se emplea el pronombre neutro, es decir, cuando se remite a un contenido proposicional. Compárese (11) y (12).

En (11), se da la situación por defecto: la focalización es interna al discurso directo. *Esto* apunta catafóricamente al co-texto subsiguiente (deixis textual), realzando al mismo tiempo la confrontación inmediata con el contenido (*le sorprenderá oír*) (deixis discursiva). Este uso no situacional corresponde a lo que Lyons (1977: 668) denomina “deixis textual impura”.

- (11) Más todavía, señor. Usted, le sorprenderá oír *esto*, probablemente sea la única persona en el mundo que puede ayudarla (MVLL, 2006: 267)

En (12), en cambio, se cruzan dos niveles de interpretación: la focalización deíctica no se delega completamente al personaje-enunciador del discurso directo, sino que viene controlada desde la perspectiva del narrador-personaje, cuya voz enunciativa se superpone a la del personaje cuyas palabras reproduce. La confluencia de los dos espacios mentales es el efecto que se obtiene al emplear *eso* en un fragmento en discurso directo que retoma un contenido formulado en discurso indirecto. El que pregunta *¿Y por qué se te ha ocurrido eso?* es el yo-narrador en su papel de personaje, receptor de *me dijo* en la parte narrada que precede. En el contexto de la complementación oracional se introduce explícitamente el punto de vista de un sujeto conceptualizador no asimilable al enunciador-en-el-momento-de-la-enunciación. De haberse formulado en estilo directo el mensaje anterior, la anáfora pronominal *esto* habría sido posible, porque entonces se habría podido poner en escena la confrontación inmediata del narrador-como-personaje con la suposición (*si... escribir su historia*), la solicitud (no *hacerla quedar mal*) y la amenaza jocosa (*jalarle los pies*) enunciadas por la niña mala (sujeto de *dijo*).

- (12) Una tarde, sentados en el jardín, a la hora del crepúsculo, *me dijo que*, si algún día se me ocurría escribir nuestra historia de amor, que no la hiciera quedar muy mal porque, entonces, su fantasma vendría a jalarme los pies todas las noches.

—¿Y por qué se te ha ocurrido *eso*?

—Porque siempre has querido ser un escritor y no te atrevías. Ahora que te vas a quedar solito, puedes aprovechar, así no me extrañarás tanto. Por lo menos, confiesa que te he dado tema para una novela. ¿No, niño bueno? (MVLL, 2006: 375)

La formulación elegida, con la sucesión de discurso indirecto y directo, sugiere que el procesamiento de las palabras de la niña mala no queda confinado al momento de su recepción, sino que más allá de la escena revivida el narrador abarca el conjunto de ese contenido desde su actual punto de vista. Esta posible interpretación integradora contrasta con el enfoque parcial de la respuesta de la niña mala que se da a continuación, centrada exclusivamente en la vocación de escritor. En este fragmento se asiste pues a un doble cambio de perspectiva.

Al entreverar la narración de una escena que él mismo co-protagoniza con fragmentos dialogados, el narrador se pone en posición de operar una fusión entre su rol de narrador en el momento actual de su discurso narrativo y su rol en la historia narrada. Para evocar la inmersión en el mundo narrado combinada con la perspectiva consciente del perceptor que se acerca a él, es acertada la imagen de Bühler (1967: 213): “Hay un caso intermedio entre permanecer aquí e ir allí; la montaña y Mahoma se quedan cada uno en su lugar, pero Mahoma ve la montaña desde su puesto de percepción”. Al estar integradas en un universo narrado, las escenas interactivas presentan un alto grado de complejidad deíctica.

7. A cada forma su perfil conceptual

En la sección anterior se ha abordado la selección del demostrativo desde el punto de vista del tipo de relación deíctica. Ahora la atención se centra en las tres formas individuales para comprobar si en su uso se reflejan sendos niveles de conceptualización (cf. §4.1) y si pueden captarse mediante una doble caracterización en términos de involucramiento y compromiso epistémico del conceptualizador (cf. §4.2). La corroboración puede encontrarse, por un lado, en los usos gramaticalizados y, por otro, en indicios contextuales convergentes.

En el examen de las formas una por una, se pasa primero revista a los usos convencionalizados. Puede suponerse que el proceso de fijación no es arbitrario sino conceptualmente motivado, y que en los usos gramaticalizados persiste algo de la imagen conceptual del demostrativo no situacional.²⁹ Si las distinciones propuestas son correctas, las diferencias de involucramiento y compromiso epistémico deberían poder rastrearse en las funciones pragmático-discursivas particulares para las que se han desarrollado expresiones locucionales que contienen una u otra forma demostrativa.

En segundo lugar, conviene interrogar los contextos en que aparecen las tres formas en busca de indicios contextuales distintivos para verificar en qué medida son concordantes con la interpretación propuesta. La idea es que las

²⁹ Tratándose de un paradigma gramatical, parece más adecuado hablar de persistencia *conceptual* que de persistencia *léxica*, noción definida por Hopper (1991) como la tendencia, en procesos de gramaticalización, de mantener ciertas propiedades del uso original.

relaciones de coocurrencia significativas pueden interpretarse como una manifestación de congruencia conceptual con el perfil del demostrativo.

A continuación se reseñan primero algunos ejemplos representativos de los tres demostrativos (§7.1-3), antes de enfocar algunos contextos donde alternan (7.4).

7.1. *Est-: involucramiento sin compromiso epistémico*

Est- es la forma que mantiene la mayor fuerza deíctica: hace presente en el discurso una entidad o estado de cosas por implantación en el espacio-tiempo de este discurso. Al establecer un *hic-et-nunc* enunciativo, *est-* perfila el foco de atención actual, o sea, que la identificación e involucramiento son inmediatos, se hacen por coincidencia puntual.

A nivel del uso general, se registra el uso de *este* (extensible en *esteee*) como muletilla “para llenar las pausas o como señal de duda o indecisión” (RAE, 2009: §17.11c: 1333).³⁰ En la medida que este uso expletivo refleja un intento de captación-sobre-la-marcha, de parte de un enunciador en busca del vocablo más adecuado, puede decirse que confirma el carácter de confrontación experiencial inmediata postulado para la forma *est-*.

Al anclaje discursivo limitado corresponde un estatus cognitivo momentáneo: solo se indica ‘existencia fenomenológica’ en el marco espacio-temporal definido por el enunciado. De ahí que el demostrativo *est-* sea apto para es-

³⁰ La forma *este* (y su variante *esteee*) parece ser más típica del español americano, la forma *esto* (*estooo*) más habitual en el español europeo (Eiguren, 1999: 943; RAE, 2009: §17.11c: 1333).

tablecer un marco en el acto. Esto se verifica en el uso catáforico directo que lo caracteriza a exclusión de los otros demostrativos, *e.g.* en *Me gusta esta / *esa / *aquella idea: todos aportamos algo*, el grupo nominal *esta idea* pone de relieve el segmento que le sigue. El marcador discursivo de reformulación *esto es: ...* (**eso es: ... / *aquello es: ...*) sigue la misma lógica: “sólo aparece en casos en que el miembro discursivo que lo incluye comenta el mismo tópico que el primero” (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4124).³¹

La identificación por coincidencia puntual supone la imposición de una base experiencial. Se trata de elementos ambientales ante los cuales el conceptualizador aparece más como un receptor que como un interpretador. De ahí viene la impresión de que se capta un perfil plenamente activado. La contrapartida de la receptividad perceptiva, sin embargo, es una ‘presencia’ posiblemente momentánea y evanescente.

En (13), la anáfora conceptual se realiza mediante el hipérónimo *sentimiento*, que no aporta sino una categorización global; el narrador se contenta de recoger una impresión global irreflexiva (*parecía muy extendido*), sin indagar más allá. Si hubiera acudido a *ese* en lugar de *este*, se habría inferido que desde su puesto de observador privilegiado se erige en evaluador; entonces se habría esperado una calificación más específica (un hipónimo de *sentimiento*). *Aquel* habría sugerido una base objetivada, no necesitada de la intervención del conceptualizador; tal desaprensión, sin embargo, no habría encajado con el verbo *parecer* —que abre

³¹ Según señalan Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999: 4125), “También se puede documentar, aunque sea muy poco frecuente, la variante *eso es*”.

un espacio discursivo de verosimilitud—, ni con el tiempo imperfecto que impone una visión inmanente, simultánea con la escena conceptualizada.

- (13) Mi tío no tomaba muy en serio el anuncio de las acciones armadas y *este sentimiento* parecía muy extendido (MVLL, 2006: 62)

El demostrativo *est-* aparece cuando el narrador se zambulle en un episodio que le afectó en sumo grado. Revive la experiencia hasta el punto de elegir calificaciones que más tarde en el relato pueden revelarse ilusorias. Es el caso en (14). *Esta mi segunda luna de miel* resume la evocación —que en la novela ocupa las cinco páginas anteriores (pp. 64-69)— de las pocas semanas de felicidad que le trajo el reencuentro con la niña mala, la entonces *madame Arnoux*, y que él vive como una *luna de miel*.

- (14) *Esta mi segunda luna de miel* con madame Arnoux terminó poco después de aquella cena porque, apenas me mudé al barrio de la École Militaire, el señor Charnés me renovó mi contrato (MVLL, 2006: 69)

La posibilidad de marcar una interrupción (*terminó*) comprueba la contemporaneidad del punto de vista con el episodio evocado (*esta mi segunda luna de miel*), presentado por *est-* como no concluido y, por lo tanto, susceptible de ser cortado.

En (15) el narrador revive su depresión: el uso de *est-* en la triple anáfora conceptual *este desvelo, este vacío, esta bilis* muestra que asimila a su espacio actual de narrador el

espacio discursivo del episodio en que, como personaje, lo veía todo negro. Optar por *es-* habría sido menos apropiado: según la hipótesis, habría añadido un nivel epistémico difícil de conciliar con el estado de sopor evocado y la sensación de fatalidad ineluctable. Y con *aquel-* se habría producido una imagen desvinculada de la vivencia: sin inmersión, la coordinación no habría activado la inferencia consecutiva (*seguiríamos juntos y...*), y el alcance de la valoración vinculada a los nombres *desvelo*, *vacío* y *bilis* se habría extendido más allá de la situación individual del personaje.

(15) Al día siguiente estaba hecho una ruina, el cuerpo cortado por escalofríos y sin ánimos para nada, ni ganas de comer. El médico me recetó unos Nembutales que, más que dormirme, me desmayaban. Tenía un despertar desasosegado y con muñecos, como si arrastrara una resaca feroz. Todo el tiempo me maldecía por lo estúpido que fui aquella vez, despachándola a Cuba, anteponiendo mi amistad con Paúl al amor que sentía por ella. Si la hubiera retenido, seguiríamos juntos y la vida no sería *este desvelo, este vacío, esta bilis* (MVLL, 2006: 84-85)

Entre los indicios contextuales que refuerzan la idea de captación subjetiva, contingente, sin *a priori*, de una experiencia vivida figura en primer lugar el acotamiento a un episodio de felicidad o desgracia intenso pero pasajero. Los contextos de (14) y (15) confirman el carácter efímero de la conceptualización: el demostrativo *est-* marca la fragilidad y brevedad de un presente vivido respectivamente como *luna de miel* y *desvelo, vacío, bilis*. Es primariamente la experiencia

inmediata la que funciona como fuente para la constitución del espacio mental.

En segundo lugar, la anáfora conceptual introducida por medio de *est-* no suele modificarse mediante adjetivos calificativos ni expandirse mediante subordinadas relativas. La percepción subjetiva del experimentador aparece en estado bruto, no retocado ni elaborado, como desplegándose 'en tiempo real', que se trate de su propio estado de (in)- felicidad, como en (14) y (15), o de estados de cosa que le infunden recelo, como en (16) y (17). En (16) la imagen de un *circuito* surge de los vericuetos recorridos para pasar de traductor a intérprete (*Me costó trabajo*). En (17) —continuación del ejemplo (9)—, el que la niña mala sólo disponga de documentos de identidad falsos es *obstáculo* para él (*Yo temía*) pero por el contexto se ve que a ella no la inquieta para nada.

- (16) Me costó trabajo obtener mis primeros contratos como intérprete, a pesar de superar todas las pruebas y tener los diplomas correspondientes. Pero *este circuito* era más cerrado que el de los traductores, y las asociaciones del gremio, verdaderas mafias, admitían nuevos miembros a cuentagotas (MVLL, 2006: 96)
- (17) *Yo temía* que si la descubrían la echaran del país o algo peor. Pese a *este obstáculo*, la niña mala siguió haciendo averiguaciones, contestando a los avisos de ofertas de empleos [...] (MVLL, 2006: 272)

El uso de *est-* muestra que el ambiente en que se ve inmerso el narrador-personaje determina su reacción y es

función de su propio estado físico y anímico. De ahí que se pueda aducir como último indicio corroborativo de su involucramiento como conceptualizador la coocurrencia con predicados de percepción sensorial (*temer* en (17), *sentir* en (18)).

- (18) De pronto, *a estas alturas de la conversación*, empecé a sentirme hastiado (MVLL, 2006: 301)

En (18), el empleo de *est-* (*a estas alturas de la conversación*)³² sintoniza además con el adverbio oracional modo-temporal de contextualización narrativa *de pronto* y el auxiliar aspectual incoativo *empecé*.

7.2. Es-: *involucramiento con compromiso epistémico*

Según la hipótesis, el demostrativo *es-* señala el procesamiento y la fijación de una imagen anclada en la base de creencias personales. El número de usos gramaticalizados y lexicalizados registrados en la bibliografía gramatical y lexicográfica justifica que se reseñen aparte (7.2.1), antes de ilustrar con ejemplos de la novela examinada una variedad de indicios que apuntan al involucramiento y el compromiso epistémico del conceptualizador (7.2.2).

³² *A estas alturas (de)* constituye una locución semi-lexicalizada: aunque predomina el plural y el determinante *est-*, no quedan excluidos el singular (*altura*) ni los determinantes *esa(s)* y *aquella(s)* (*vid. CREA*), tanto en su uso adverbial como prepositivo.

7.2.1. Usos convencionales

La tendencia a acudir preferentemente al demostrativo *es-* en unos determinados usos predicativos y conectivos se deja explicar por la combinación de implicación subjetiva y posicionamiento epistémico. A continuación se pasa revista a una serie de locuciones mencionadas en varias obras de referencia.³³ Por limitarse a las ocurrencias en la novela, la ilustración queda forzosamente incompleta.³⁴

Al señalar básicamente una existencia indubitable a los ojos del enunciador, *es-* puede aportar una discriminación no necesitada de anclaje espacial o temporal. Lo comprueba el hecho de que en las oraciones copulativas de caracterización *eso* conmute con el predicado nominal, *e.g.* “*María es eso (una gran mujer/amable/enfermera)*” (Fernández Leborans, 1999: 2378) y pueda representar los predicados identificativos definicionales e inferenciales, *e.g.* “*Un banco es eso (un tipo de asiento)*” (1999: 2379), o descriptivos, *e.g.* “*Aquel aparato debe ser un ordenador. —Sí, es precisamente eso*” (ibíd.). Son típicamente construcciones que expresan la postura epistémica de certeza.

El pronombre *eso* también forma parte de locuciones predicativas con un efecto argumentativo convencional relacionado con la postura epistémica del enunciador. Por ejemplo:

³³ Por razones de espacio, no se hace mención de los diccionarios de uso.

³⁴ Para realizar una exemplificación exhaustiva habría que interrogar un corpus de habla oral espontánea, lo cual rebasa los límites del presente estudio.

—*Eso es* se considera “locución reactiva de confirmación o aprobación” (Santos Río, 2003: 371); *¡Eso es!* se emplea “para expresar aprobación” (RAE, 2009: §17.11d: 1333).

—*Eso es todo* se usa a modo conclusivo como “expresión de cierre” para indicar que “uno no tiene datos que añadir a los que acaba de aportar” (Santos Río, 2003: 631).

—*Eso parece*, en cambio, forma una expresión modal epistémica (Fernández Leborans, 1999: 2448) o “locución oracional reactiva de asentimiento con reservas y polifónico” (Santos Río, 2003: 490).

—*¿Y eso?* “locución reactiva interrogativa deíctico-anafórica de matiz causal” que se usa para interrogar sobre las razones de una afirmación o acción anterior; de ahí que pueda funcionar como “réplica contraargumentativa” (Santos Río, 2003: 376).

En la novela se da la variante *No es eso*: en (19), el enunciador (*el tío Ataúlfo*) pone en tela de juicio lo enunciado por su interlocutor, el narrador-personaje, antes de pasar a rectificarlo.

(19) —Me debo haber vuelto muy viejo, tío Ataúlfo, a pesar de tener sólo cincuenta años —le dije a éste, cuando colgué el teléfono—.

Porque, Alberto, siendo tu sobrino, es en realidad mi primo.

Pero él se empeña en llamarme tío. Debo parecerle prehistórico.

—*No es eso* —se rió el tío Ataúlfo—. Como vives en París, le inspiras respeto. Vivir en esa ciudad es toda una credencial para él, equivale a haber triunfado en la vida (MVLL, 2006: 301)

El posicionamiento epistémico con valor argumentativo también se desprende de los usos gramaticalizados de *eso* en conectores como los siguientes:

—*Por eso*: “en su papel de secuencia anunciadora de consecuencias ha alcanzado ya cierto grado de gramaticalización como puede verse en los usos explicativos” (Santos Río, 2003: 374). Como se comprueba en (20) —y también en (1b) (cf. §3.2)—, *por eso* establece una conexión lógica asumida por el enunciador.

- (20) —Me cuesta trabajo dejarlo porque la mejor experiencia de mi vida la tuve allí. *Por eso*, para mí, ese cuchitril es un palacio (MVLL, 2006: 61)

—La locución conjuntiva concesiva *y eso que...* introduce “información que se interpreta con un sentido adversativo próximo al de *aunque* o *a pesar de que*” (RAE, 2009: §17.11g: 1334); se trata de un argumento al que el enunciador atribuye un valor *a priori* para la obtención de un determinado resultado, *e.g.* (21):

- (21) —[...] Estás linda otra vez. Estoy tan impresionado que apenas sé lo que digo.

—*Y eso que* me has pescado saliendo de la piscina —me respondió, mirándome a los ojos de manera provocadora—. Espérate que me veas arreglada y maquillada. Te vas a caer de espaldas, Ricardo (MVLL, 2006: 258)

—Como elemento de refuerzo delante de una subordinada adverbial, *e.g.* *y eso cuando/si/porque...*, *y eso* aporta “una puntualización restrictiva” que “apoya la veracidad del aserto anterior [...]. Nótese que *eso* SAdv. es una asercción modalizada (modalidad epistémica) y, asimismo, que el seg-

mento *eso* es, con respecto al focalizado SAdv, un elemento temático” (Santos Río, 2003: 376).

—En cuanto a la secuencia *con eso y (con) todo*, funciona como conector contraargumentativo (Martín Zorraquino y Portolés, 1999: 4117): muestra que el conceptualizador ha integrado mentalmente lo que precede como un verdadero argumento y que interviene para anular la conclusión a la que normalmente llevaría.³⁵

—En combinación con el adverbio de afirmación o negación el pronombre neutro forma la “locución adverbial adversativa puntualizadora” *eso sí / eso (sí que) no* que puede funcionar “como inciso” [...] “incluso como coletilla o apéndice” (Santos Río, 2003: 590).³⁶ Así, en (22), la inserción de *eso sí* en la reflexión metadiscursiva del narrador-personaje realza la parte de control que procura guardar sobre el curso de la conversación.

- (22) Yo dejaba que ella dirigiera la conversación, evitando, *eso sí*, que me hablara de Fukuda o del episodio de Lagos (MVLL, 2006: 241)

La posición epistémica del enunciador se manifiesta hasta en las expresiones coloquiales que se han lexicalizado

³⁵ Es sustituible por *a pesar de eso*: “remite anafóricamente a un antecedente oracional y lo convierte en prótasis concesiva” (RAE, 2009: §47.14k: 3613).

³⁶ Tal vez sea exagerado aplicar la calificación de “*eso polémico*” indistintamente, como lo hace Eguren (1999: 943), a *eso sí*, *eso no*, *eso es*, y locuciones con focalización más elaborada como *eso sí que no*, *eso nunca*, *lejos de eso*, *todo menos eso*, *nada de eso*, en las que el refuerzo remite más abiertamente a la intención de polemizar.

en la forma del femenino plural.³⁷ Santos Río (2003: 369) menciona (i) *Ni por esas*, “locución adverbial prooracional negativa reactiva de rechazo, deíctico-anafórica y ponderativa” que expresa “rechazo de propuestas programáticas” o es “locución narrativa” que señala que “no tuvo lugar la acción proyectada”, (ii) *En esas estábamos*, “locución adverbial deíctico-anafórica de enmarque narrativo” y (iii) *A mí con esas no me vengas / No me vengas con esas*, “locución reactiva de rechazo deíctico-anafórica” que “sirve para rechazar las alegaciones, excusas o propuestas que el interlocutor acaba de formular”. Tampoco hay alternancia de género ni de número en las variantes *en esas estamos*, *en una de esas*, *a mí con esas*, *venir a alguien con esas* (RAE, 2009: §17.11h: 1334). Estas expresiones reflejan una toma de posición razonada en términos de, respectivamente, molestia/inconveniencia, expectativa/previsión, rechazo/desprecio.³⁸

7.2.2. Contextos representativos de la novela

En la novela examinada el demostrativo *es-* se emplea sobre todo como determinante. Es el instrumento preferente para realizar la deixis de notoriedad (cf. §6.1, (3)). En (23) la forma *es-* es congruente con el carácter evaluativo de los procesos causativos expresados por el nombre deverbal

³⁷ Sobre el femenino plural como marca de lexicalización, véase Delbecque (2009).

³⁸ En RAE (2009: §17.11h: 1335) se mencionan también tres usos lexicalizados con la forma femenina *esta*, en singular, a saber, *de esta no salimos*, *de esta no te escapas*, *¡Esta sí que es buena!* Es significativo que se acuda a la forma *est-* al manifestar una reacción de, respectivamente, resignación, amenaza, sorpresa ante algo que impacta.

(*conjugaciones*) y el verbo (*trama*) que realzan el valor explicativo atribuido al azar. A diferencia de la simple locución *por azar*, se remite así al azar como fuerza que rige los avatares de la vida.

- (23) Por una de *esas extrañas conjugaciones que trama el azar*, resulté, en los años finales de los sesenta, pasando muchas temporadas en Inglaterra y viviendo en el corazón mismo del swinging London: [...] (MVLL, 2006: 94)

En (24) se invocan imágenes registradas en la memoria colectiva. El denominador común entre (3), (6a), (23) y (24) es que se apela a una base de conocimientos culturalmente arraigada.

- (24) Parecía uno de *esos cadáveres vivientes* que muestran las fotografías de los campos de concentración (MVLL, 2006: 372)

La vinculación que *es-* establece con el juicio subjetivo del conceptualizador se manifiesta en la presencia de adjetivos calificativos apreciativos que revelan una visión ‘ontológica’ particular (*e.g. extrañas* en (23)). Entran en la formación de oxímoros (*e.g. cadáveres vivientes* (24)) y metáforas conceptuales (*e.g. fuego fatuo* (25)), especialmente cuando el grupo nominal demostrativo funciona como predicado identificativo definicional, como en (24) y (25). En (25) la construcción relativa (*que era*) otorga, además, estatuto presuposicional a la triple caracterización (*ese trompo, esa llama al viento, ese fuego fatuo*); se plasma así la idea de que es la correcta, la sola adecuada para el enunciador. Por efecto

de asociación con el juicio ‘ontológico’ del conceptualizador, emana a menudo del uso de *es-* un efecto de persuasión de existencia intersubjetiva.

- (25) [...] parecía una chica recatada, inhibida y casi sosa en comparación con *ese* trompo, *esa* llama al viento, *ese* fuego fatuo que era Lily cuando, instalados los discos en el *pick-up*, revenataba el mambo y nos poníamos a bailar (MVLL, 2006: 11)

En la novela la frecuencia de *es-* supera con creces la de *est-* y de *aquel-*, y en muchos casos la distancia respecto del antecedente es nula, *e.g.* (19), (20), (21), (22), (25), (26), (27).³⁹ Por inmediata que sea la relación anafórica, en el género narrativo *es-* y *est-* no resultan en absoluto intercambiables.⁴⁰ Acudir a *est-* modificaría el alcance de la evocación. En (26), *est-* involucraría al narrador como testigo ocular; *es-*, en cambio, muestra que dispone de los conocimientos necesarios para interpretar el evento (*Se rió otra vez*) como un *pequeño esfuerzo*. La proximidad entre la representación referida de una entidad o evento y su conceptualización anafórica no impide que al envolucramiento se añada una dimensión epistémica más abstracta.

³⁹ Nuestros datos ponen en tela de juicio la siguiente afirmación de Eguren (1999: 940): “tanto en la llamada ‘deixis *am phantasma*’, como en los usos temporales y anafóricos de los demostrativos, el sistema se simplifica: se utilizan *este* y *aquel* para expresar, respectivamente, lo cercano y lo lejano al hablante y el demostrativo *ese* o no se emplea o queda neutralizado”.

⁴⁰ En textos ensayísticos y expositivos podría haber variación libre o neutralización entre *est-* y *es-* según De Kock (1995). Sin embargo, queda por hacer un análisis contextual pormenorizado, idiolecto por idiolecto, antes de poder decir algo conclusivo al respecto.

- (26) Se rió otra vez. Pero *ese* pequeño esfuerzo la fatigó y, encogiéndose bajo las sábanas, cerró los ojos (MVLL, 2006: 229)
[la = la niña mala]

En (27), el narrador, no contento de dejar constancia del efecto experimentado —para lo cual habría podido bastar el pronombre *esto* (*esto me hizo bien*)—, lo analiza y muestra que tiene conciencia de cómo funciona el mecanismo psicológico: le hizo bien por ser una *risa compartida*.

- (27) Terminamos riéndonos los tres y *esa* risa compartida con mis dos amigos me hizo bien (MVLL, 2006: 238)

En la caracterización de un modo de hacer, *e.g.*, *cariño* en (28), *brusquedad* en (29), hay convergencia entre el uso de *es-* y la expansión de la anáfora conceptual mediante una cláusula relativa, generalmente con alcance retrospectivo, que consolida la tipificación. En (28) la habitualidad se expresa lexicalmente (*acostumbraba*), en (29) la familiaridad se deduce por vía de inferencia (*tanto me chocaba al principio*).

- (28) ¿Qué maldades haces para vivir tan tensa?

Se quedó mirándome, sin responderme, y me pasó la mano por los cabellos, en *ese* cariño medio amoroso y medio maternal que acostumbraba (MVLL, 2006: 174)

- (29) [...] me lo dijo con *esa* brusquedad que tanto me chocaba al principio en mis colegas españoles de la Unesco [...] (MVLL, 2006: 55)

La frecuente asociación con predicados de proceso (o estado) mental, *e.g. conocido tan bien* (30), *estuviera al tanto* (31), tal vez sea la comprobación más patente del arraigo epistémico de la categorización introducida por *es-*.

- (30) Si no hubiera conocido tan bien *esa* integridad que rezumaba por todos sus poros, muchas veces habría creído que exageraba, para impresionarme (MVLL, 2006: 42)
- (31) —Me han dicho que tiene usted una hija en París. ¿Es cierto, Arquímedes? Se me quedó mirando, intrigado de que yo estuviera al tanto de *esas* intimidades de la familia (MVLL, 2006: 315)

El uso de *es-* sugiere que la entidad designada tiene una historia, se inscribe en un continuo, es familiar, forma parte del sistema de creencias, del mundo mental, de la conciencia más estable, permanente del enunciador, y que este se siente concernido aun si puede tener dudas sobre la denominación.

Característico del uso de *es-* es que capacita al conceptualizador para expresar lo que quiere que los demás tomen por su ‘verdad’. Así, en (32), ante su colega-amigo Salomón Toledano que vive en Tokio, el narrador califica simplemente de *vieja amiga y compatriota* a la camaleónica ‘niña mala’⁴¹ ocultando cuánto cuenta para él desde que la conoció. El demostrativo *es-* refleja el control que el conceptualizador tiene sobre el perfilamiento.

⁴¹ Adopta identidades tan variadas como *Lily la chilenita, la camarada Arlette, madame Robert Arnoux, Mrs. Richardson, Kuriko, madame Ricardo Somocurcio, Otilita* (MVLL, 2006: 319).

- (32) Mi carta daba muchos rodeos, hablándole primero de mi propio trabajo; le decía que el húsar del Emperador me trajo suerte, porque había tenido en las últimas semanas excelentes contratos y lo felicitaba por su flamante conquista. Por fin, entraba en materia. Me había sorprendido agradablemente saber que conocía a *esa* vieja amiga mía. ¿Estaba ella viviendo en Tokio? Yo le había perdido la pista hacía años. ¿Podía enviarme su dirección? ¿Su teléfono? Me gustaría retomar el contacto con *esa* compatriota, después de tanto (MVLL, 2006: 162)

De los contextos reseñados se desprende que el uso de *es-* no va asociado particularmente con estimaciones negativas (cf. §4.2). El tipo de valoración no es inherente al morfema o vinculado con su alcance demostrativo, sino dependiente del contexto, a la vez inmediato —lexemas o giros despectivos—, y alejado —mediante la repetición de ciertas asociaciones a lo largo del texto.

7.3. Aquel-: *no involucramiento ni compromiso epistémico*

Con *aquel-* se pasa al nivel de lo ideado: se ofrece un simple contorno global, mínimamente detallado, sin postular ‘existencia-para-uno-mismo’ (*es-*) ni ‘percepción-en-vivo’ de imágenes (*impactantes*) (*est-*), o sea, sin involucramiento ni compromiso epistémico de parte del enunciador. Esta forma mínimamente subjetiva se limita al reconocimiento y la validación de una ‘anterioridad’ nocional, más allá de contingencias del conceptualizador. Éste no hace sino evocar una entidad o estado de cosas a los que reconoce una base conceptual ajena. Se establece una relación con un espacio-

tiempo y/o un espacio mental que da cabida a otras historias y que puede ser genérico.

La perspectiva abierta tiene como corolario una configuración independiente de la conciencia y posición específica del conceptualizador en el momento de la enunciación. Por eso una entidad así introducida puede servir de punto de comparación para entidades que sí integran la base conceptual actual del conceptualizador. En (33), lo ilustran los contrastes entre *este singular atributo* y *aquel personaje*, y *éste* y *aquello*.⁴²

- (33) Por la rigurosa coherencia con que está descrita —mejor dicho, inventada— la irrealidad donde transcurre la novela, ese mundo en el que todos los personajes sin excepción gozan de la maravillosa aptitud de detectar lo que hay de extraordinario en lo vulgar, de eterno en lo efímero y de glorioso en la mediocridad, ni más ni menos que la propia Virginia Woolf. Pues los seres de esta ficción —de todas las ficciones— han sido fraguados a imagen y semejanza de su creador.

Pero ¿son en verdad los personajes de la novela quienes están ornados de *este* singular atributo o lo está, más bien, *aquel* personaje que los relata, los dicta y a menudo habla por su boca? Me refiero al narrador —aquí convendría hablar de la narradora— de la historia. *Éste* es, siempre, el personaje central de una ficción. Invisible o presente, uno o múltiple, encarnado en la primera, la segunda o la tercera persona, dios omnisciente o testigo implicado en la novela, el narrador es la

⁴² A falta de ejemplos en la novela examinada, el texto proviene de un ensayo de M. Vargas Llosa. Nótese también el empleo de *ese mundo* en el primer párrafo.

primera y la más importante criatura que debe inventar un novelista para que *aquello* que quiere contar resulte convincente (CREA, M. Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras*, 2002)

Al igual que el artículo definido, y a diferencia de *est-* y *es-*, el demostrativo *aquel-* es apto para introducir un grupo nominal en primera mención con una relativa especificativa en subjuntivo, formándose así un grupo nominal inespecífico, *e.g.* (34).⁴³ También admite relativas especificativas en indicativo, constituyendo grupos nominales genéricos, es decir, sin interpretación anafórica, *e.g.* (35) (cf. RAE, 2009: §17.4i-j: 1295).

- (34) La pureza de la fe debe mantenerse, emprendiendo incluso la yihad, o guerra santa, contra *aquellos* musulmanes que no respeten el Corán (CREA, G. Zaragoza, *Las grandes religiones*, 1993)
- (35) *Todo aquel* cuerpo que eleva su temperatura es porque recibe una cierta cantidad de calor (CREA, P. Portillo Franquelo, *Energía solar*, 1985)

En definiciones la expresión catafórica *aquel- que* lleva a cabo una verdadera tipificación. En (36), por ejemplo, la categoría *vehículo potente* incluye todas las instancias que cumplen la condición impuesta por la subordinada de relativo. El demostrativo que efectúa tal catáfora es habitualmente *aquel* (cf. Macías Villalobos, 2006: 326).

⁴³ A diferencia de la visión más abierta, posiblemente arbitraria, instaurada mediante *el (N) que*, sustituible por *cualquiera, aquel (N) que* establece un contraste entre un tipo (individuo o grupo) y los demás tipos (de individuos o grupos) de una categoría.

- (36) Un vehículo potente es *aquel* que puede transformar en poco tiempo gran cantidad de energía en trabajo (CREA, P. Portillo Franquelo, *Energía solar*, 1985)

En la novela es muy marginal el uso de *aquel*-, especialmente como pronombre. En (37), tras la designación identificadora del antecedente por el nombre propio *Mitsuko*, menos de una línea antes, el uso de *aquella* señala que la relevancia que el narrador le atribuye es de orden subsidiario: si es atendible, no es por su interés intrínseco, sino por la información derivable de su expresión facial (*a juzgar por*) sobre la protagonista, *Kuriko* —alias la niña mala—, que sigue funcionando como tópico continuo, como lo atestiguan el pronombre clítico (*atenderla*) y los adjetivos posesivos (*su francés y su inglés*).

- (37) También esta vez el señor Fukuda, con gestos imperativos, decidió nuestros sitios. A mí volvió a sentarme junto a *Kuriko*. Apenas se apagaron las luces —la mesa quedaba iluminada por unos focos semiocultos entre los arreglos florales—, sentí el pie de la niña mala sobre el mío. La miré y, con el aire más natural del mundo, estaba hablando con *Mitsuko* en un japonés que, a juzgar por los esfuerzos que hacía *aquella* para entenderla, debía ser tan aproximado como su francés y su inglés (MVLL, 2006: 190)

En (38), *aquella historia* retoma el referente discursivo *la historia de Arquímedes y los rompeolas de Lima* —presente dos líneas antes—, cuyo contenido es narrado quince páginas antes (p. 289 ss.). Por mucho que el comentario sobre

Arquímedes que el narrador-personaje acaba de escuchar le cause desazón (*ansiedad, comezón, premonición*), todavía no se ha despejado la incógnita (*Fue como si la mañana se hubiera quedado de repente a oscuras*), y si bien presiente algo, todavía no se siente directamente apelado, como lo confirma la segunda construcción contrafactual (*como si aquella historia contuviera algo que me concernía profundamente*). El uso de *aquel-* cuadra con la falta de involucramiento y comprensión en el momento de la conceptualización.⁴⁴

(38) Y, entonces, de pronto, a la altura de la placita de San Miguel empapada por la garúa, sin sospechar la conmoción que iba a desencadenar en mi intimidad, al ingeniero Chicho Cánepa se le ocurrió decir:

—Es un viejo lindo y fantaseador. Siempre anda contando extravagancias, porque también le dan delirios de grandeza. En una época se inventó que tenía una hija en París y que se lo iba a llevar a vivir allá, con ella, ¡a la Ciudad Luz!

Fue como si la mañana se hubiera quedado de repente a oscuras. Sentí la acidez que me producía a veces una antigua úlcera al duodeno, un chisporroteo de luces de fogeo en la cabeza, no sé exactamente qué más sentí pero fueron muchas cosas y, en ese momento, supe por qué, desde que a Alberto Lamiel se le ocurrió contarme en el Regatas la historia de Arquímedes y los rompeolas de Lima, había sentido ansiedad, la extraña comezón que precede a lo inesperado, la premonición de un cataclismo o de un milagro, como si *aquella* historia

⁴⁴ Tras este episodio transitorio procura entrar en contacto con Arquímedes, que resulta ser el padre de la niña mala.

contuviera algo que me concernía profundamente. A duras penas me aguanté las ganas de abrumar a preguntas a Chicho Cánepe por lo que acababa de decir (MVLL, 2006: 304-305)

Como determinante, *aquel*- permite activar referentes discursivos introducidos en un contexto dejado atrás y de cuya reaparición puede arrancar un lance imprevisto. Así, en (39), la conceptualización se delega a *la tía Adriana*. La intervención de este personaje periférico, introducido tres páginas antes en su calidad de visitante chilena,⁴⁵ pone fin a la estafa de las pretendidas *chilenitas*. Al evocar la manera de hablar de las muchachas, la anáfora conceptual *aquel acento* no sólo engloba el conjunto de rasgos articulatorios reconocido por la *tía Adriana* sino que también es reminiscente de cómo su articulación les apareció genuinamente exótica a los jóvenes miraflorenos, tal como el narrador lo admite trece páginas antes.⁴⁶ La superposición de dos perspectivas, una errónea y otra correcta, se articula en las dos subordinadas relativas contrapuestas (*a nosotros nos engañaba; ella identificó de inmediato como una impostura*). Es congruente

⁴⁵ Se introduce a través de otro personaje lateral, *Marirosa*:

“—¿Ustedes son chilenas, no? Les voy a presentar a mi tía Adriana. Es chilena también, acaba de llegar de Santiago. Vengan, vengan.

Las cogió de la mano y se las llevó al interior de la casa, gritando: ‘Tía Adriana, tía Adriana, aquí te tengo una sorpresa’” (MVLL, 2006: 20-21).

⁴⁶ Se trata del párrafo siguiente:

“Pero el hecho más notable de aquel verano fue la llegada a Miraflores, desde Chile, su lejanísimo país, de dos hermanas cuya presencia llamativa y su inconfundible manerita de hablar, rapidito, comiéndose las últimas sílabas de las palabras y rematando las frases con una aspirada exclamación que sonaba como un ‘pue’, nos pusieron de vuelta y media a todos los miraflorenos que acabábamos de mudar el pantalón corto por el largo. Y, a mí, más que a los otros” (MVLL, 2006: 10).

acudir a *aquel-* para establecer un anclaje discursivo ajeno al espacio mental actual del narrador y a partir del cual se aporta una rectificación que el narrador-personaje no estaba en condiciones de asumir.

- (39) Eran peruanitas, nomás. ¡Pobres! ¡Pobrecitas! La tía Adriana, recién llegadita de Santiago, debió llevarse la sorpresa de su vida al oírlas hablar con *aquel* acento que a nosotros nos engañaba tan bien pero que ella identificó de inmediato como una impostura (MVLL, 2006: 23)

En (40), la voz experta es la de la niña mala, sujeto de *me aseguró*, que recategoriza en *buena amistad* lo que otros calificaban de *historia de amor*. La anáfora conceptual *aquella historia de amor*, desacreditada como chisme por la conceptualizadora, tampoco es asumida por el narrador-personaje, sino que hace eco a la versión —relatada once páginas antes— que le dio su amigo Paúl, juntando a rumores persistentes sus propias impresiones al respecto. El narrador-personaje se muestra dispuesto a acoger la versión que le da la protagonista central; el adverbio evaluativo-reactivo *naturalmente* indica que para él era esperable que ella le viniera con una explicación diferente; y el verbo de comunicación con base epistémica de seguridad (*aseguraba*) sugiere que puede acordar una mayor fuerza evidencial a sus palabras que a las de Paúl.

- (40) Conversamos cerca de dos horas. Naturalmente, me aseguró que *aquella* historia de amor con el comandante Chacón eran puras habladurías de los peruanos de La Habana; en realidad,

con el tal comandante sólo habían tenido una buena amistad (MVLL, 2006: 59)

Por último, queda por ilustrar cómo el demostrativo *aquel-* empalma con recursos léxicos y construccionales cuando no basta una simple anáfora conceptual para rescatar un viejo referente discursivo sin menoscabo para la coherencia narrativa. En (41), concurren varios elementos para recalcar que nada predisponía al narrador-personaje a volver a ver a *Alfonso el Espiritista* (*Un buen día, de la manera más inesperada, me di de bruces, un sobreviviente, nada menos que*). En el mundo narrado transcurrieron *cuatro años* desde que se vieran. El fragmento antecedente, donde se menciona que frecuentaban los mismos lugares en París, se encuentra sesenta páginas antes en la novela.⁴⁷ Aunque la denominación, como designación rígida, puede bastar para señalar el reconocimiento por el *yo*-personaje, desde la perspectiva del narrador el nombre y sobrenombre no tienen suficiente poder evocativo, por expresivo que sea el apodo, para reintegrar en el espacio discursivo actual al referente discursivo desatendido.

La construcción apositiva explicativa introducida por *aquel muchacho* aporta una expansión de cierta extensión y

⁴⁷ “No todos habían sido becados en el Perú. Algunos lo fueron en París, entre la variopinta masa de peruanos —estudiantes, artistas, aventureros, bohemios— que merodeaban por el Barrio Latino. Entre ellos, el más original resultó mi amigo Alfonso el Espiritista, enviado a Francia por una secta teosófica de Lima a seguir estudios de parapsicología y teosofía, a quien la elocuencia de Paúl arrebató a los espíritus e instaló en el mundo de la revolución. Era un muchacho blancón y tímido, que apenas abría la boca, y había en él algo descarnado e ido, de espíritu precoz” (MVLL, 2006: 30).

de notable complejidad interna. Posee estructura atributiva: identifica su referencia con la del nombre sobre el que incide.⁴⁸ Presenta la particularidad discursiva de anclar la información respecto de referentes discursivos ajenos al espacio discursivo actual (*París, Lima, el gordo Paúl*). Es un paro de imagen que no guarda relación con el momento del reencuentro que se está narrando. Los rasgos presentados como definitorios de la personalidad de *Alfonso el Espiritista* son los de antaño: dan acceso al perfil que le correspondía en la época en que se cruzaban sus caminos y que se definía por las grandes fases de su trayectoria individual, observable desde fuera: una vez en *París*, *Alfonso el Espiritista*, metido primero en el mundo *teosófico*, de los *espíritus*, se convierte en *guerrillero* bajo la instigación de *Paúl*.⁴⁹ La recuperación de esta información, vieja de cuatro años en el mundo narrado, no refleja la perspectiva actual del enunciador, sino que prepara la reactualización propiamente dicha del referente discursivo tal como se desenvuelve en las líneas siguientes.

- (41) Un buen día, de la manera más inesperada, me di de bruces en Alemania con un sobreviviente de Mesa Pelada: nada menos que *Alfonso el Espiritista*, *aquel* muchacho enviado a París por un grupo teosófico de Lima al que el gordo Paúl arrebató a los *espíritus* y a la ultratumba para hacer de él un guerrillero. Yo estaba en Frankfurt, trabajando en una conferencia

⁴⁸ Lo hace de modo paralelo a como lo haría en la oración copulativa correspondiente: ‘es aquel muchacho que...’ La diferencia con definiciones (cf. (36)) es que las propiedades predicadas se aplican a un individuo y no a una clase de entidades.

⁴⁹ Ver el pasaje citado en la nota 47.

internacional sobre comunicaciones, y, en un descanso, es-
capé a un almacén a hacer unas compras. Junto a la caja,
alguien me cogió del brazo. Lo reconocí al instante. En los
cuatro años que no lo veía había engordado y se había dejado
el pelo muy largo —la nueva moda en Europa—, pero su cara
blanca, de expresión reservada y algo triste, era la misma
(MVLL, 2006: 90)

El denominador común a los contextos analizados es que *aquel-* apunta a señas de identidad que parecen independientes del punto de vista del narrador-enunciador y no requieren implicación personal de su parte. La aceptación de tal o cual contorno global estriba en una base objetivada que no lo involucra directamente.

7.4. Coocurrencia y variación

Cuando en un mismo contexto coocurren formas demostrativas diferentes, la hipótesis predice que se modifica la base perceptiva del conceptualizador en términos de involucramiento y compromiso epistémico. A continuación se comentan primero un par de fragmentos donde esto ocurre en discurso referido. Luego se ilustra el efecto que produce la variación del determinante para la designación de un mismo referente discursivo.

En (42) *esto* refleja las dos veces la simple confrontación de la enunciadora, Mrs. Richardson, alias Lily, alias Madame Arnoux,... con lo que se le está viniendo encima (*Esto no es broma; cuando todo esto pase; estoy en un lío*). En el enun-

ciado en imperativo (*haz eso por mí*), en cambio, controla el contenido proposicional que forma el objeto de su súplica (a saber, no llamarla, no verla, no hablarle).

- (42) No vuelvas a llamar a Newmarket nunca más en tu vida —me riñó, con un desagrado que rechinaba en sus palabras—. *Esto* no es broma. Estoy en un problema muy serio con mi marido. No debemos vernos ni hablarnos, por un tiempo. Por favor. Te ruego. Si es verdad que me quieres, *haz eso por mí*. Nos veremos cuando todo *esto* pase, te prometo. Pero no me llames nunca más. Estoy en un lío y tengo que cuidarme (MVLL, 2006: 142)

Asimismo, en (43), el personaje Mitsuka acude repetidamente a *esto* para evocar lo que aparenta ser una vivencia contingente (*lo nuestro*), de contornos desdibujados (algo entre *flirt*, *aventura*, *relación para toda la vida*), fuera de su control (*No sé qué hacer para que esto termine*). Mediante *es-*, en cambio, apunta a categorizaciones almacenadas en su mente: tras manejar la deixis de notoriedad (cf. §6.1) (*una aventura agradable, pasajera, de esas que no comprometen*), se apoya en su experiencia personal (*pasé por un fracaso matrimonial*) para afirmar su íntima convicción (*sé lo que es eso*).

- (43) —Yo pensé que lo nuestro sería un pequeño *flirt* —asintió, echando humo por la nariz y por la boca a la vez—. Una aventura agradable, pasajera, de *esas* que no comprometen. Pero Salomón no lo *entiende* así. Quiere convertir *esto* en una relación para toda la vida. Se empeña en que nos casemos. Yo no

volveré a casarme nunca. Ya pasé por un fracaso matrimonial y sé lo que es *eso*. Además, tengo una carrera por delante. La verdad, me está volviendo loca con su obstinación. No sé qué hacer para que *esto* termine de una vez (MVLL, 2006: 182)

Por último, se puede rastrear la funcionalidad del determinante como instrumento de anclaje al observar sucesivas activaciones de un mismo referente discursivo. La ilustración aquí se limita a la entidad nominal denotada sistemáticamente mediante el nombre plural *ataques*. En (44), el narrador-personaje no sólo pone nombre a una serie de síntomas que está notando en el acto, sino que trasciende mentalmente su experiencia inmediata, procediendo a un diagnóstico (*ataques de pánico*) basado en la observación de repetidas ocurrencias (*recurrentes*), lo cual justifica el uso de *es-*.⁵⁰ En (45), en cambio, las palabras que dirige a la niña mala se enfocan exclusivamente en el cometido de consolarla: acude a una subcategorización menos extrema (*ataques de miedo* vs. *ataques de pánico*) y el resto de su intervención también lo muestra afectivamente involucrado en el plano interpersonal. El uso de *est-* es cónsono con su total implicación.

- (44) Muchos después sentí que se dormía. Pero a lo largo de toda la noche, en mi duermevela, la sentí estremecerse, quejarse, presa de *esos* recurrentes ataques de pánico (MVLL, 2006: 247)

⁵⁰ Antes de dormirse la niña mala le dijo: “[...] Quiero que me abraees, que me des calor y que me quites el miedo que siento. Me estoy muriendo de terror” (MVLL, 2006: 247). En (44) la categorización por el narrador no retiene sus términos (*miedo, terror*) sino que los sustituye por el de *pánico*.

(45) En la casita de Joseph Garnier, apenas entramos, la niña mala me hizo sentar en el sillón de la sala y se dejó caer en mis rodillas. Tenía la nariz y las orejas heladas y temblaba de tal manera que no podía articular palabra. Le entrechocaban los dientes.

—La clínica te va a hacer bien —le dije yo, acariciándole el cuello, los hombros, calentándole con mi aliento las orejitas heladas—. Te van a cuidar, te van a engordar, te van a quitar *estos ataques* de miedo (MVLL, 2006: 251)

En (46), la relación de interlocución es diferente. El uso de *es-* y la expansión de la anáfora conceptual (*esos ataques de terror*) mediante una cláusula relativa con alcance retrospectivo (*que la atormentaban tanto*) consolidan la posición de interlocutor avisado que el narrador-personaje asume ante el director de la clínica. Contribuyen a convalidar su apreciación positiva del restablecimiento de la niña mala (*Magníficamente bien... la noto muy tranquila*). En la expresión de su agradecimiento (*Y yo también, por supuesto*) puede verse, además, que su compromiso epistémico corre parejo con su involucramiento personal.

(46) —Magníficamente bien, doctor —le respondí—. Es otra persona. Se ha repuesto, le han vuelto las formas y los colores. La noto muy tranquila. Y han desaparecido *esos ataques de terror que la atormentaban tanto*. Ella les está muy agradecida. Y yo también, por supuesto (MVLL, 2006: 263)

El determinante *es-* es también el demostrativo que mejor encaja en el contexto de (47). Como en (46), la relativa

subraya que el narrador está familiarizado con el fenómeno; ahora no destaca su intensidad (*atormentaban tanto*) sino su regularidad (*por lo general le duraban unas horas*). Si por un lado abundan términos que remiten al ámbito epistémico (*idea, sin duda porque, explicación racional*), otros son reveladores de su involucramiento emotivo (*mujercita tan audaz y de tanto carácter... como una niñita*).

- (47) Nunca pude hacerme una idea precisa de la naturaleza del miedo que de pronto la invadía, sin duda porque ello no tenía una explicación racional. ¿Eran imágenes difusas, sensaciones, presentimientos, la adivinación de que algo terrible estaba por abatirse sobre ella y destrozarla? “Eso y mucho más”. Cuando padecía uno de *esos ataques de miedo, que por lo general le duraban unas horas*, esa mujercita tan audaz y de tanto carácter se volvía tan indefensa y vulnerable como una niñita de pocos años (MVLL, 2006: 298-299)

Hacia el final de la novela,⁵¹ más de setenta páginas más adelante —y unos cuantos meses más tarde en el mundo narrado—, el referente discursivo *ataques de miedo* se menciona una última vez, ahora introducido por el artículo definido:

- (48) - ¿Por qué estás tan flaquita? —le volví a preguntar—. ¿Has estado enferma? ¿Qué has tenido?

⁵¹ El fragmento (48) se encuentra en la ante-antepenúltima página de la novela, dos líneas antes del ejemplo (24) (cf. §7.2.2).

—No puedo hacer el amor contigo, no me toques ahí. Me han operado, me han sacado todo. No quiero que me veas desnuda. Tengo el cuerpo lleno de cicatrices. No quiero que tengas asco de mí.

Lloraba con desesperación y no conseguía calmarla. Entonces, la senté en mis rodillas y la acaricié mucho rato, como solía hacerlo en París, cuando tenía *los ataques de miedo* (MVLL, 2006: 372)

Al acoger de nuevo a la niña mala, terminalmente enferma, que logró ubicarlo en Madrid, el narrador-personaje vuelve a encontrar los gestos de consuelo que le había prodigado en el episodio anterior en París (cf. (45)). La analogía (*como solía hacerlo*) se apoya en información consabida: el episodio parisíense queda definido por *los ataques de miedo*. Al emplear el artículo definido, el narrador indica que ya no tiene ningún motivo para reafirmar que ‘sabe’, como habría sido el caso con *esos ataques de miedo*.

8. Conclusión

Teniendo en cuenta que en una novela toda dimensión espacial es ficticia y apela a la imaginación, el momento de la enunciación se mide respecto del conjunto del texto considerado como espacio discursivo. Una variedad de recursos concurren en los sucesivos cambios de enfoque que el lector reconoce a lo largo del texto. Al igual que las demás formas deícticas —tanto léxicas como gramaticales—, los demostrativos favorecen las trasposiciones deseadas al mundo narrado.

Hacen mover al lector ante todo en y entre los espacios mentales de los personajes, el narrador siendo uno de ellos. Para dar cuenta del uso de los demostrativos, en particular de los usos endofóricos, hace falta una concepción apropiadamente abstracta de las nociones de proximidad y distancia.

Dentro de tal marco discursivo, sólo se pueden aplicar *mutatis mutandis* los principios que rigen la deixis espacial y temporal (cf. §3.1). En la medida que opera la mimesis de la interacción del conceptualizador con su entorno espacial y temporal, y aunque el señalamiento no es identificable gracias a la situación de habla, parece en principio posible calcular el alcance de la predicación desde la proyección mental de su espacio de enunciación. Hay muchos casos, sin embargo, en que tal apareamiento no es saturable por el entorno del mundo narrado. Además, sea cual sea la posición del antecedente en el texto, se puede considerar memorialmente presente o accesible en el espacio discursivo vigente en el momento de la enunciación de la forma demostrativa con valor anafórico. No hace falta remontarse realmente en el texto para captar el referente discursivo evocado.

Las formas demostrativas despliegan un potencial expresivo que no se puede captar sólo en términos de proximidad. Los usos no situacionales de los demostrativos (cf. §3.2) no constituyen tanto una ‘apelación’ al contexto como una ‘creación’ de contexto. A través de la exploración contextual (cf. §6 y §7) se ha podido observar cómo entran en juego consideraciones de perspectivación. La subjetividad del conceptualizador resulta central en un sentido particular. Los usos anafóricos, más que mediar la relativa distancia en el propio discurso, reflejan el perfil que el conceptualiza-

dor —narrador, narrador-personaje, personaje— concede a la representación mental del antecedente. Mientras que el nombre y sus eventuales modificadores complementarios esclarecen el contenido conceptual, el demostrativo marca su incidencia relacional respecto del conceptualizador.

Los tres demostrativos anclan la entidad señalada de manera diferente con respecto al espacio mental del conceptualizador. La interpretación propuesta no excluye la vertiente anafórica o (ana)deíctica sino que se superpone a ella. Añade a la noción de identificabilidad del referente discursivo la evaluación subjetiva de cómo éste se relaciona con el espacio mental del conceptualizador-enunciador.

Considerando que la clase de los demostrativos es una de las clases de palabras que permiten mantener la (ilusión de) continuidad referencial-discursiva, puede considerarse que la posibilidad de elegir entre tres formas no es fortuita sino que le corresponden tres niveles de conceptualización. Según la hipótesis de trabajo (cf. §4), el significado de la triple codificación puede definirse como el exponente de dos parámetros relacionales, uno de carácter perceptual simple, denominado ‘involucramiento’, y otro de naturaleza conceptual, que legitima la reactivación del referente discursivo en términos de ‘compromiso epistémico’.

Para la validación de la hipótesis, inducida inicialmente a partir de la lectura asidua de relatos, se ha recurrido a una heurística que combina la consulta de obras de referencia con el análisis de una novela específica, a saber, *Travesuras de la niña mala* de M. Vargas Llosa (2006). En ésta se ha podido comprobar empíricamente cuáles son los usos no situacionales expresables por las tres formas demostrativas

(cf. §6) y en qué medida la conceptualización propuesta se ve corroborada por elementos contextuales convergentes (cf. §7).

En el alto rendimiento de la forma *es-* tanto en usos convencionalizados (cf. §7.2.1) como en los contextos más diversos de la novela examinada (cf. §3.2, §6 y §7.2.2) puede verse la comprobación de que *es-* alía el razonar al sentir, es decir, que figura la integración en una base conceptual que el conceptualizador reconoce como suya. Además del involucramiento del conceptualizador, *es-* señala la presencia de un filtro cognitivo, un proceso de evaluación (consciente o inconsciente) de la categorización. La convergencia entre percepción y concepción explica que *es-* tenga, en suma, el cometido de perfilar un ‘procesamiento con anclaje personal’, como se indica en la figura 4.

En los contextos analizados se han encontrado indicios de una procesamiento cognitivo relativamente elaborado, del carácter evaluativo de la (re)categorización efectuada y de una previa familiaridad, supuesta o inducida, con el referente discursivo. Este estatus epistémico explica que el perfilamiento puede recibir un alcance intersubjetivo, de modo que el lector puede tener la impresión de un conocimiento compartido, lo cual favorece la sensación de sintonía y complicidad con el conceptualizador.

<i>Est-</i>	captación contingente
<i>Es-</i>	procesamiento con anclaje personal
<i>Aquel-</i>	aceptación de base objetivada

Figura 4. Diferenciación perceptiva de los demostrativos no situacionales

Est-, por su parte, corresponde a la experiencia inmediata (cf. §7.1). Perfilo lo que en la figura 4 se resume como la ‘captación contingente’ por el conceptualizador de lo que le alcanza y que acoge irreflexivamente en su espacio mental. La confrontación directa implica una perceptibilidad reducida de lo que llega de forma bruta a su esfera privada, sin filtración cognitiva. A diferencia de *es-*, *est-* no supone asunción de lucidez ni impregnación de la significación que el referente discursivo señalado puede revestir. Refleja, en cambio, una participación propia de la dramatización: *est-* invita al lector a identificarse con el conceptualizador y descubrir en el acto cómo la entidad referida le afecta.

Aquel-, finalmente, perfila referentes discursivos que se originan fuera del dominio del conceptualizador y permanecen ajenos a su espacio mental (cf. §7.3). Sus contornos se asocian a la aceptación de una ‘base (de apariencia) objetivada’, es decir, de anclaje ajeno. Esto implica que la (re)-categorización no corre a cuenta del conceptualizador. De ahí que *aquel-* desempeñe una función esencialmente evocadora: para el acceso al marco convocado se puede prescindir de la mediación por el conceptualizador.

En síntesis, no es completamente satisfactorio interpretar la funcionalidad del paradigma ternario de los demostrativos en sus usos no situacionales sólo en términos de una transposición de su funcionalidad en los usos situacionales. Además de co-construir las pautas espacio-temporales y co-determinar la ubicación de los personajes en el mundo narrado, la forma demostrativa elegida es reveladora de la manera en que el conceptualizador aprehende el universo en que ‘vive’ o, mejor dicho, de la visión del mundo

que maneja en un determinado momento, ya que es capaz de entretenir una variedad de concepciones. Aun cuando la forma utilizada no es la única posible, la selección hecha —por lo menos en el caso de autores de la envergadura de M. Vargas Llosa— resulta ser un instrumento de perspectivación a la vez sutil y muy poderoso.

Fuentes

CREA = REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Corpus de referencia del español actual* <<http://www.rae.es>> (fechas de consulta: agosto-septiembre 2009; enero-febrero 2013).

MVLL = VARGAS LLOSA, MARIO (2006), *Travesuras de la niña mala*, Madrid, Alfaguara.

Bibliografía

ANDERSON, STEPHEN R. y EDWARD L. KEENAN (1985), “Deixis”, en T. Shopen (ed.), *Language typology and syntactic description: Grammatical categories and the lexicon*, vol. 3, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 259-308.

ARIEL, Mira (1990), *Accessing noun phrase antecedents*, Londres / Nueva York, Routledge.

— (2008), *Pragmatics and grammar*, Cambridge, Cambridge University Press.

BENVENISTE, EMILE (1958), “De la subjectivité dans le langage”, *Jurnal de Psychologie*, 51, pp. 257-265.

- BENVENISTE, EMILE (1966), *Problèmes de linguistique générale*, París, Gallimard.
- BÜHLER, KARL (1982 [1934]), *Sprachtheorie: die Darstellungsfunktion der Sprache*, Stuttgart, Gustav Fischer.
- (1967³ [1950¹]), *Teoría del lenguaje*, traducción de Julián Marías, Madrid, Revista de Occidente. [Traducción de Karl Bühler (1934)]
- (1982), “The Deictic Field of Language and Deictic Words”, en R. J. Jarvella y W. Klein (eds.), *Speech, place and action. Studies in deixis and related topics*, Chichester, John Wiley & Sons, pp. 9-30.
- CORBLIN, FRANCIS (1987), *Indéfini, défini et démonstratif*, Ginebra, Droz.
- CROFT, WILLIAM (1990), *Typology and Universals*, Cambridge, Cambridge University Press.
- DAMOURETTE, JACQUES y EDOUARD PICHON (1911-1950), *Des mots à la pensée. Essai de grammaire de la langue française*, París, d'Artrey.
- DE KOCK, JOSSE (1995), “La relatividad gramatical en registros y áreas geográficas diferentes”, en J. De Kock *et al.* (eds.), *Gramática española: Enseñanza e investigación. I. Apuntes metodológicos. 3. De la relatividad en lingüística*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 59-71.
- DELBECQUE, NICOLE (2009), “El femenino plural: marcador morfológico de unidades lexicalizadas”, en R. De Maeseneer, I. Jongbloet, L. Vanghehuchten, An Van Hecke y J. Vervaeke (eds.), *El hispanismo omnipresente. Homenaje a Robert Verdonk*, Antwerpen, Universitaire Pers Antwerpen, pp. 145-160.

- DIESSEL, HOLGER (1999), *Demonstratives: Form, Function and Grammaticalization*, Ámsterdam / Filadelfia, John Benjamins.
- DUCHAN, JUDITH F., GAIL A. BRUDER y LYNNE E. HEWITT (eds.) (1995), *Deixis in Narrative. A Cognitive Science Perspective*, Hillsdale / Hove, Lawrence Erlbaum.
- DUCROT, OSWALD (1980), *Les mots du discours*, París, Minuit.
- (1984), *Le dire et le dit*, París, Minuit.
- DUCROT, OSWALD (1989), *Logique, structure, énonciation*, París, Minuit.
- EGUREN, LUIS J. (1999), “Pronombres y adverbios demostrativos. Las relaciones deícticas”, en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 929-972.
- EHLICH, KONRAD (1982), “Anaphora and deixis: Same, similar, or different?”, en R. J. Jarvella y W. Klein (eds.), *Speech, place and action. Studies in deixis and related topics*, Chichester, John Wiley & Sons, pp. 315-338.
- FAUCONNIER, GILLES (1984), *Espaces mentaux*, París, Minuit.
- (1997), *Mappings in thought and language*, Cambridge, Cambridge University Press.
- y MARK TURNER (2002), *The Way We Think. Conceptual blending and the mind's hidden complexities*, Nueva York, Basic Books.
- FERNÁNDEZ LEBORANS, MARÍA JESÚS (1999), “La predicción: Las oraciones copulativas”, en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 2357-2460.

- FILLMORE, CHARLES J. (1982), “Frame Semantics”, en *Linguistic Society of Korea* (ed.), *Linguistics in the Morning Calm*, Seoul, Hanshin, pp. 111–137.
- GRICE, HERBERT P. (1975), “Logic and Conversation”, en P. Cole y J. L. Morgan (eds.), *Syntax and Semantics*, vol. III: *Speech Acts*, Nueva York, Academic Press, pp. 41-58.
- GUILLAUME, GUSTAVE (1919), *Le problème de l'article et sa solution dans la langue française*, París, Hachette, reedición Nizet.
- GUNDEL, JEANETTE K., NANCY HEDBERG y RON ZACHARSKI (1993), “Cognitive Status and the Form of Referring Expressions in Discourse”, *Language*, 69, 2, pp. 274-307.
- HIMMELMANN, NIKOLAUS P. (1996), “Demonstratives in Narrative Discourse: A taxonomy of universal uses”, en B. Fox (ed.), *Studies in Anaphora*, Ámsterdam, John Benjamins, pp. 203-252.
- HOPPER, PAUL J. (1991), “On Some Principles of Grammaticalization”, en E. C. Traugott y B. Heine (eds.), *Approaches to Grammaticalization*, volumen I: *Focus on theoretical and methodological issues*, Ámsterdam / Filadelfia, John Benjamins, pp. 17-36.
- HOTTENROTH, PRISKA-MONIKA (1982), “The system of local deixis in Spanish”, en J. Weissenborn y W. Klein (eds.), *Here and there: cross-linguistic studies on deixis and demonstration*, Ámsterdam, John Benjamins, pp. 133-153.
- JUNGBLUTH, KONSTANZE (2005), *Pragmatik der Demonstrativpronomina in den iberoromanischen Sprachen*, Tübinga, Niemeyer.

- KLEIBER, GEORGES (1984), “Sur la sémantique des descriptions démonstratives”, *Linguisticae Investigationes*, VIII/1, pp. 63-85.
- LAKOFF, GEORGE (1987), *Women, Fire, and Dangerous Things: What Categories Reveal about the Mind*, Chicago, University of Chicago Press.
- LAMÍQUIZ, VIDAL (1967), “El demostrativo en español y en francés. Estudio comparativo y estructuración”, *Revista de Filología Española*, L, pp. 163-202.
- LANGACKER, RONALD W. (1985), “Observations and speculations on subjectivity”, en J. Haiman (ed.), *Iconicity in Syntax*, Ámsterdam / Filadelfia, John Benjamins, pp. 109-150.
- (1987), *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. 1, Stanford, Stanford University Press.
- (1991a), *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. 2, Stanford, Stanford University Press.
- (1991b), *Concept, Image and Symbol: The Cognitive Basis of Grammar*, Berlín / Nueva York, Mouton de Gruyter.
- (2000), *Viewing in Cognition and Grammar. Grammar and Conceptualization*, Berlín, Mouton de Gruyter, pp. 203-246.
- (2003), “Dynamicity, Fictivity, and Scanning: The Imaginative Basis of Logic and Linguistic Meaning”, *Korean Linguistics*, 18, pp. 1-64.
- (2004), “Remarks on Nominal Grounding”, *Functions of Language*, 11:1, pp. 81-118.
- (2009), *Investigations in Cognitive Grammar*, Berlín / Nueva York, Mouton de Gruyter.

- LAVRIC, EVA (2007), “Logische Formeln für Demonstrativa-Bedeutungen. Relevante Teilmengen des Diskursuniversums”, en J. Cuartero Otal y M. Emsel (eds.), *Vernetzungen: Bedeutung in Wort, Satz und Text. Festschrift für Gerd Wotjak zum 65. Geburtstag*, vol. 1, Fráncfort am Main, Peter Lang, pp. 277-290.
- LEVINSON, STEPHEN C. (1983), *Pragmatics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2004), “Deixis”, en L. R. Horn y G. Ward (eds.), *Handbook of Pragmatics*, Oxford, Blackwell, pp. 97-121.
- LYONS, JOHN (1977), *Semantics II*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1982), “Deixis and subjectivity: *Loquor, ergo sum?*”, en R. J. Jarvella y W. Klein (eds.), *Speech, place and action. Studies in deixis and related topics*, Chichester, John Wiley & sons ltd., pp. 101-124.
- MACÍAS VILLALOBOS, CRISTÓBAL (2006), *El demostrativo en Miguel Delibes*, Madrid, UNED, Alicante, Biblioteca virtual, Edición digital a partir del texto original de la tesis doctoral <<http://www.cervantesvirtual.com/tesis>>.
- MAES, ALFONS y LEO NOORDMAN (1995), “Demonstrative nominal anaphors: A case of nonidentificational markedness”, *Linguistics*, 33, 2, pp. 255-282.
- MARTÍN ZORRAQUINO, MARÍA ANTONIA y JOSÉ PORTOLÉS LÁZARO (1999), “Los marcadores del discurso”, en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 4051-4213.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2009), *Nueva gramática de la lengua española*, Madrid, Espasa.

- SANTOS RÍO, LUIS (2003), *Diccionario de partículas*, Salamanca, Luso-Española de Ediciones.
- SEGAL, ERWIN M. (1995), “Narrative comprehension and the role of deictic shift theory”, en J. F. Duchan, G. A. Bruder y L. E. Hewitt (eds.), *Deixis in Narrative. A Cognitive Science Perspective*, Hillsdale / Hove, Lawrence Erlbaum, pp. 3-17.